Aportación de Alicante a la cultura española: Gabriel Miró, Carlos Arniches, Rafael Altamira

POR

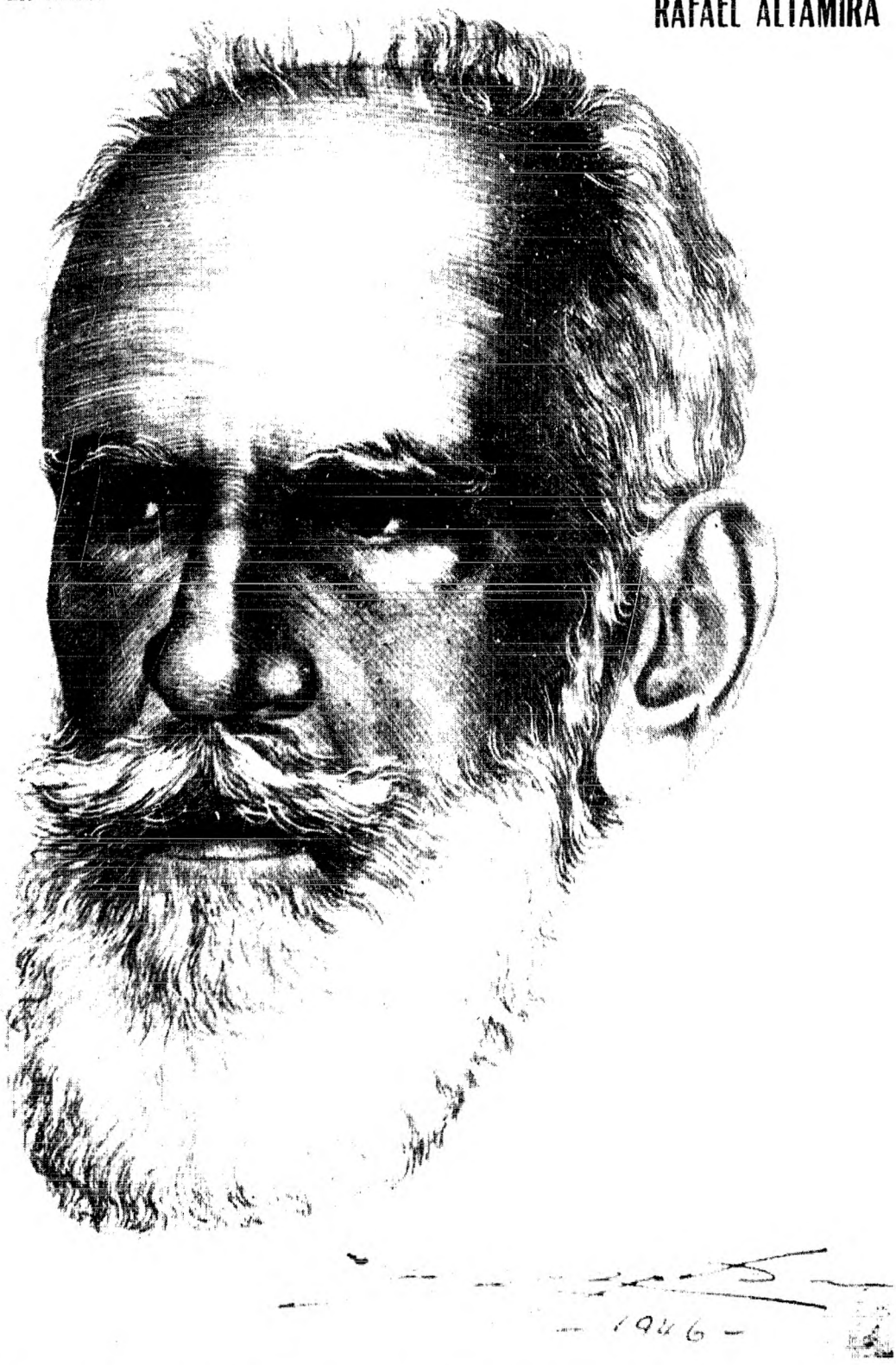
FRANCISCO FIGUERAS PACHECO

Cronista de la ciudad de Alicante y
C. de la Real Academia de la Historia

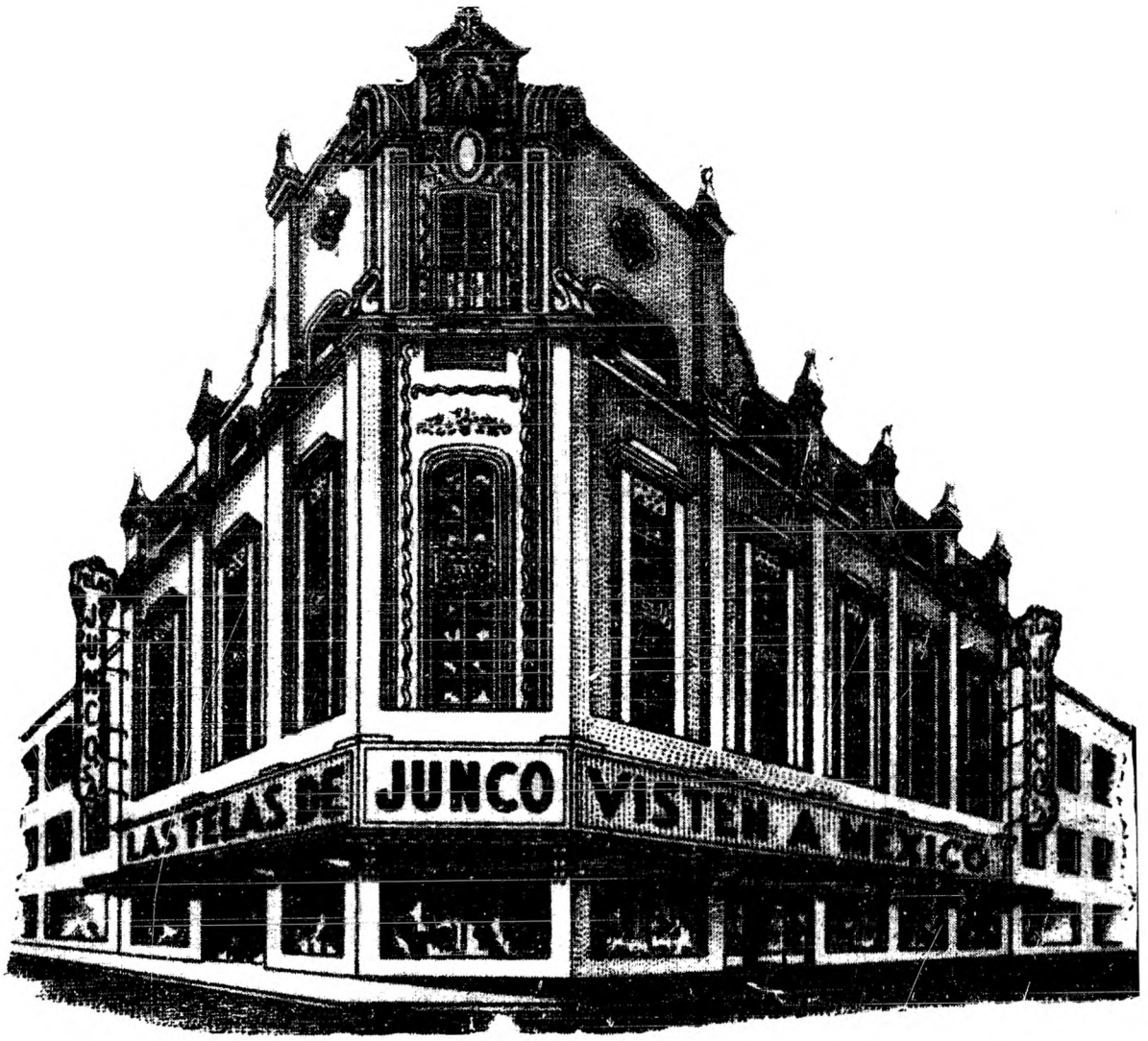
Separata de *Anales del Centro de Cultura Valenciana*

VALENCIA, 1952
Sucesor de Vives Mora • Artes Gráficas
Hernán Cortés, 10

RAFAEL ALTAMIRA



La Raza está aquí y allá, dispersa por ambos mundos, por encima de todo banderín político, banquetes, gritos, panderetas y colorines. La Raza viene desde el Cid desterrado por el felón Alfonso VI, que se refugia en Toledo con la morisma y vuelve, aliado al moro, a quitarle el trono a su hermana Doña Urraca en Zamora. La Raza está en Velázquez y en Goya, en el Cardenal Cisneros y en el padre Mariana, en hombres contemporáneos como don Rafael Altamira, honra del Derecho Internacional y de las letras universitarias de España y de América.



SEMANA SANTA 1954

Las Telas de JUNCO

VISTEN A MEXICO

TELAS JUNCO, S. A.

Esquina 20 de Noviembre

y Venustiano Carranza.

Apartado Núm. 7605.

Teléfonos: 12-70-23, 12-82-94,
36-70-02 y 35-50-05.

MEXICO 1, D. F.

Aportación de Alicante a la cultura española: Gabriel Miró, Carlos Arniches, Rafael Altamira

POR

FRANCISCO FIGUERAS PACHECO

Cronista de la ciudad de Alicante y
C. de la Real Academia de la Historia

Separata de *Anales del Centro de Cultura Valenciana*

VALENCIA, 1952
Sucesor de Vives Mora - Artes Gráficas
Hernán Cortés, 10

Cuando me dispongo a redactar este trabajo, los ANALES DEL CENTRO DE CULTURA VALENCIANA van a cumplir su primer cuarto de siglo. Su vida no es larga todavía; diríamos que apenas salió de la infancia, pero simboliza ya, admirablemente, la labor y el temple de nuestros conterráneos. Unos probaron su talento y su amor al trabajo, investigando con fruto, más o menos copioso, los múltiples aspectos de nuestro glorioso pasado. Otros, además de esto, coadyuvaron al éxito de la obra común luchando con tesón en la penumbra, cuando no en la sombra, con los mil obstáculos que dificultan frecuentemente la vida de estas publicaciones. Unos y otros estuvieron siempre al servicio de ANALES con desinterés y voluntad insuperables.

Por una naturalísima asociación de ideas, el título que lleva nuestra Revista y el hecho de cumplirse ahora sus cinco primeros lustros, nos mueven a pensar en los muchos y meritísimos valencianos de las tres provincias, que después de cultivar sin descanso el campo de la ciencia o el del arte, terminaron sus días en el período indicado, legando al prestigio de la patria el fruto de sus desvelos y con él, el brillo de un nombre ilustre. En las bodas de plata de una publicación dedicada a la cultura de Valencia, nada más lógico que consagrar un recuerdo de admiración, cariño y gratitud a quienes, prosiguiendo la tradición de muchos siglos, supieron ultimamente enaltecerla y avalarla. Con

relación a Alicante, asumo yo la misión de dar forma a tal recuerdo, ocupándome, aunque hoy sólo puedo y debo hacerlo a grandes rasgos, de las tres magnas figuras desaparecidas hace poco, cuya celebridad y cuyos triunfos transpusieron ha tiempo todas las fronteras: Gabriel Miró, Carlos Arniches y Rafael Altamira. No me propongo hacer aquí sus biografías; Dios mediante lo intentaré en otra ocasión. En la presente, sólo hay espacio para evocar en conjunto la vida y obras de estos insignes alicantinos, sin otras miras que las de honrar su memoria. Con todos ellos me unió una amistad sincera, cuando no un fraternal afecto. En las líneas que siguen no busquéis, pues, el acervo de datos de los biógrafos, sino el comento episódico, cálido y sentimental, nacido, principalmente, del trato directo con nuestros tres gloriosos conterráneos.

I

GABRIEL MIRO FERRER

28 DE JULIO DE 1879 - 27 DE MAYO DE 1930

I. En clase de matemáticas.—II. Un celaje.—III. La mariposa del cuento.—IV. Una modestia original. El canto a Teresa. El problema.—V. Las ciencias y las artes. La Ley de Enjuiciamiento y los paisajes.—VI. Erato. La novela. Las primeras cuartillas.—VII. Las letras clásicas. Los prosistas del día.—VIII. La palabra y las cosas. El pájaro verde. Fuentes del léxico.—IX. El día de mañana. La papeleta de Abastos. A escribir un cuento.—X. Gestación del *Nómada*. Dificultades y olvidos. Victoria y consagración.

I

Nos conocimos estudiando el Bachillerato en el bullicioso Instituto de Alicante. Corría el año felicísimo de 1894. En el primer banquito del aula de Geometría, sentábase a mi lado un muchacho de gallarda presencia y porte distinguido. Tenía el cabello rubio, los ojos azules y la tez fina. Vestía bien, iba siempre limpísimo y revelaba en todo ser de buena casa. Era Gabriel Miró. A dos pasos ante nosotros extendíase como un telón el encerado que la sapiencia de don Faustino Pérez Ortiz llenaba de letras, líneas y guarismos. Mi compañero los miraba como si fuesen jeroglíficos egipcios, que no intentó nunca descifrar. Y con el codo sobre la rodilla y la barba apoyada en la mano pasaba resignadamente la hora y media o dos horas de la lección, sin moverse apenas como no fuera para cambiar de mano y de rodilla. El misterio de aquellos signos y la explicación del profesor que procuraba aclararlo, le tenían sin cuidado, pero disimulaba su aburrimiento y se estaba quieto, por buena educación y por tendencia innata a conducirse correctamente en todo. Esto le salvó aquel año de repetir el curso, pues la compostura en clase valía más aún para don

Faustino que el mismísimo postulado de Euclides. Por lo demás, ni antes de recibirse de Bachiller ni después de serlo, supo nunca una palabra de matemáticas. Las admiraba en verdad, pero de lejos. En cierta ocasión, cansado ya de haber salido del Instituto, me dijo muy en secreto: «Me da vergüenza decirlo, pero no sé dividir.» Luego, en secreto también, se lo dijo a todo el mundo. Aun en 1914 me escribía desde Barcelona comunicándome haberse enterado, con sorpresa, de que la regla de tres no era un adagio popular, una *frase vulgarizada,* según decía literalmente en su carta.

II

La persona de Gabriel Miró estaba dotada de indudables atractivos, pero todos ellos aparecían como empañados por un celaje; la expresión un poco dura y despectiva de su semblante, un tanto en pugna con la placidez natural de su mirada. Un gesto como de tedio o de disgusto flotaba casi siempre sobre sus labios. ¿Orgullo? ¿Misantropía? ¿Tristeza? Nadie habría podido dilucidarlo entonces. Con el tiempo, ya no fué difícil comprenderlo.

Mi compañero de banco llevaba dentro de sí un artista extraordinario. Las reacciones de su espíritu bajo la influencia del ambiente no podían ser las mismas que las de cualquier otro individuo. Las circunstancias obligaban al escolar de los ojos azules a convivir algunas horas al día con numerosos estudiantes, cuyos pensamientos, gustos y modales cuadraban mal o no cuadraban de ningún modo con los suyos. En el Colegio de Santo Domingo de Orihuela, de donde procedía nuestro escolar, había igualmente una gran masa de muchachos y no todos ellos podían ser de la pasta apetecible; pero allí la disciplina del régimen y la autoridad de los jesuítas hacían llevadero el mal. Pero en nuestros antiguos Institutos, de puertas afuera de la cátedra, no había más freno que el de la fuerza pública, ni más ley que la formulada a puñetazos. Nosotros, la mayoría, nos adaptábamos al medio por inconsciencia, por inclina-

ción, por debilidad... por lo que fuere, pero él no podía ni quería hacerlo, porque el ambiente asfixiaba su personalidad.

A los pocos años volvimos a reunirnos, estudiando los dos la carrera de Leyes, aunque en distintos cursos. Nuestra amistad entonces se hizo fraternal.

III

Eran los días de la primera juventud, coincidente aún con la adolescencia; días henchidos de anhelos e inquietudes, en que la mariposa del cuento de la Pardo Bazán penetra en la estancia de los artistas, para deslumbrarlos con el tornasol de sus colores e inducirles a intentar las más altas empresas; días en que el mundo y el hombre se miran frente a frente como dos interrogantes a los extremos de una línea en blanco, que la vida llenará después de triunfos y alegrías o de fracasos y decepciones. ¿Lugar? Un barrio alicantino, el de Benalúa, que olía a yeso fresco y a maderas nuevas; apartado, tranquilo, silencioso; sumido en una paz que evocaría la de las urbes castellanas si no vibrase sobre su quietud la bulliciosa alegría del litoral mediterráneo. Arboles y pájaros en todas las calles; jardines en la plaza; y al mediodía del nuevo núcleo urbano una alta explanada a modo de terraza o mirador para contemplar el mar brillando como una inmensa espada de acero, según la frase de Miró.

En aquel barrio tan callado entonces y tan propicio al estudio fué donde mi amigo comenzó a sentir las inquietudes anejas al impulso creador del arte. A mí me cupo la suerte en aquella época de estar casi constantemente a su lado, presenciando día tras día cómo pugnaba su genio por encontrar cauce y luego cómo florecía sobre el albor de las cuartillas. De su casa a la mía no mediaba más que un centenar de pasos, distancia que Gabriel salvaba todas las tardes para recogerme y pasear juntos por la playa o el campo y todas las noches, para llevarme al retiro de su

gabinete de trabajo. Esta convivencia íntima que duró años y que en una u otra forma continuó hasta que nuestro escritor se trasladó a Barcelona, me permitió bucear en su espíritu y descubrir un amplia área de su psicología.

IV

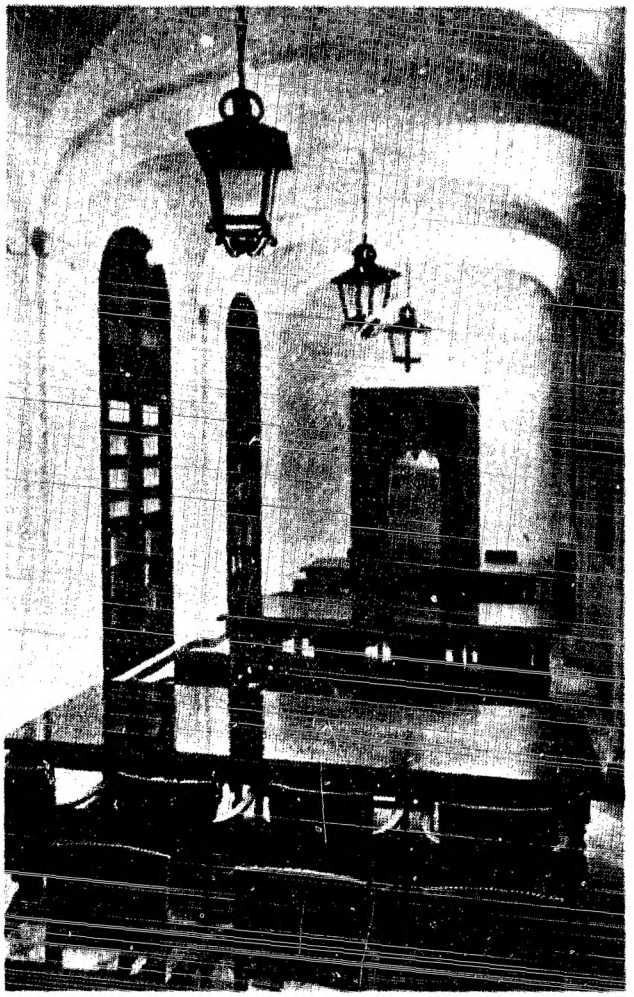
Miró era un hombre excepcional. En aquel período se nos mostraba ya con la noble originalidad que mas tarde había de caracterizar toda su obra. El se conocía bastante bien a sí mismo. Había visto que las cosas que captaba su sensibilidad en contacto con el mundo externo no eran las mismas que captaban los demás hombres. Donde para el resto de los mortales no había más que una peña desnuda, un insecto alado, una hoja seca, había para él todo un universo que sentir y que explicar. Gabriel lo sentía, como si las cosas formasen parte de su propio ser; y lo explicaba siempre luminosamente, con las locuciones e imágenes más adecuadas y expresivas.

Miró no fué nunca soberbio ni vanidoso, aunque lo pareciera algunas veces. Jamás abrumó a nadie con el peso de su superioridad, y menos a los humildes. Gozaba departiendo con el campesino, con el artesano, con el buhonero, con el vagabundo y con la niña pobre. A todos seducía con la amenidad de su palabra; y de todos también, como la abeja, sabía extraer su gota de miel. Pero aquel hombre tan humilde, tan sencillo, tenía la conciencia más o menos vaga de su valer y no la recataba cuando llegaba el caso, pues su concepto de la modestia era bastante original: cuando se encarnaba en palabras leales, sumisas al verdadero juicio de quien las decía, era una virtud; cuando estas palabras no eran vehículo fiel del pensamiento, la modestia degeneraba en cobardía. Ante mí, le preguntaron una vez: «Crees tú tener talento?» La respuesta fué rotunda: «Lo creo.» Puesto en la disyuntiva de parecer inmodesto o de mentir, dijo la verdad.

La conciencia que Gabriel Miró tenía de su valimiento no podía menos de traducirse en un afán nobilísimo: el de

Gabriel Miró

Busto de Gabriel Miró, por José Capuz, en la Biblioteca «Gabriel Miró» de la Caja de Ahorros del Sureste de España. Alicante.



Sala de lectura de la Biblioteca «Gabriel Miró». Al fondo, el busto labrado por Capuz.

plasmarlo en hechos positivos que probasen la alcurnia de su mentalidad y conservaran sus huellas. ¿Pero, cuáles eran concretamente sus aptitudes y su vocación? ¿A qué disciplina, a qué estudios, a qué trabajos entregarse para dejar una estela luminosa de su paso por la vida? He aquí el problema. Soldado de un ideal brillante, pero indeterminado, sentíase dueño de poderosos alientos, pero no había descubierto aún fortaleza que sitiar y que rendir. Como Espronceda, en el ferviente canto a Teresa, podía decir con plenitud de verdad: «Yo amaba todo: un noble sentimiento exaltaba mi ánimo, y sentía en mi pecho un secreto movimiento de grandes hechos generoso guía.» Mas ignoraba la orientación de este movimiento.

V

Que la flecha no apuntaba a las ciencias exactas ni a ninguna otra que las tuviese por base, era cosa descartada desde que tropezó con ellas en el Bachillerato. Las matemáticas y los matemáticos le parecían admirables, pero le daban sueño. Las ciencias naturales, atraíanle algo más, aunque sólo fuese por herir con mayor fuerza su imaginación. Los espectáculos de la naturaleza y todos los seres que la integran tenían para él un interés supremo. Las evoluciones de las hormigas, por ejemplo, desde que hallaban una espiga hasta que se sumían con sus granos en el hormiguero, le cautivaban horas enteras. Observar los hechos y los seres, glosarlos e interpretarlos, sí; pero reducirlos a series, fórmulas y números, no. Esto era demasiado frío para alimentar la hoguera de su fantasía y su corazón. Las ciencias morales y políticas estaban ya más cerca de su espíritu, aunque también casi todas ellas, al otro lado de un abismo. Estudiaba entonces los últimos cursos de la carrera de Derecho. Con la ley de Enjuiciamiento abierta sobre la mesa, leía resignadamente artículos y más artículos. Al terminar la lectura solía exclamar con todo el dolor de una confesión sincera: «No sé lo que he leído. Juraría

que todos los párrafos dicen lo mismo, es decir, que ninguno dice nada.» Luego repetía las palabras y frases más salientes del articulado: los incidentes, la acumulación de autos, la de acciones, los términos, el solo efecto, ambos efectos... y después preguntaba con indignación: «¿Es esto serio para un espíritu digno?» Sin embargo, aquello era más serio de lo que él imaginaba; tanto, que estuvo a punto de malograr uno de los valores más grandes de la mentalidad española.

Clara y pujante la inteligencia de Gabriel Miró, si se lo hubiera propuesto habría vencido en cualquier estadio, pero su vocación, forzoso es reconocerlo, no estaba en el de las ciencias; Gabriel Miró, ante todo y sobre todo, era un artista. Para comprenderlo bastaba ver la unción, rayana en lo religioso, con que contemplaba los paisajes, las lejanías, las cumbres, los senderos, los sembrados, los árboles, todo, en fin, cuanto surgiera ante su retina. Luminoso o apagado, rico o pobre de color, triste o alegre, pletórico de vida o falto de ella, Miró lo observaba todo con igual amor, lo acariciaba con su pensamiento, lo atraía con su mirada, lo incorporaba a su ser, lo fundía en el crisol de su sensibilidad exquisita y luego lo modelaba de nuevo con los cinceles áureos de su palabra. Y esta palabra, serena, limpia, sosegada, sonora y precisa, iba trenzándose después para tejer un tapiz más espléndido y más vistoso aún que los paisajes levantinos que describió como nadie con su verbo prócer, sembrado de imágenes a cual más suya y a cual más bella. Nuestros crepúsculos de luz y color incomparables le subyugaban y conmovían hondamente. En cuanto al mar, baste recordar a título de ejemplo las frases que le inspiró en una de sus estampas. Helas aquí: «Mi ciudad está traspasada de Mediterráneo. El olor de mar unge las piedras, las celosías, los manteles, los libros, las manos, los cabellos, y el cielo de mar y el sol de mar florifican las azoteas y las torres, las tapias y los árboles. Donde no se ve el mar se le adivina en la victoria de luz y en el aire que cruje como un paño precioso.»

Probablemente Gabriel Miró, también si se lo hubiera propuesto habría triunfado en cualquiera de las bellas artes.

Todas le seducían y a todas rendía ferviente admiración. Su éxito en la pintura habría sido más que probable. Casanova, su tío, el gran Lorenzo Casanova, lo había dicho varias veces: «Las condiciones de Gabriel para pintor son estupendas.» El que después haya leído sus descripciones de sierras y de valles, de caseríos y de campos, no lo puede poner en duda. Los más ricos pinceles no recogieron nunca más colores, más tonalidades, más matices que la pluma de Gabriel Miró. Pero la pintura, como sus hermanas la música y la escultura, exigían una cooperación externa de dirección material y entrenamiento, acaso un poco tardía para los afanes e inquietudes de Miró y acaso también un poco en pugna con la independencia de su carácter. La palabra, no. El era un artista de la palabra.

VI

¿Pero en qué forma y bajo qué faceta había de servirle la palabra como vehículo de sus concepciones? Alguna vez le vi explorar, aunque con más curiosidad que cariño, el camino de la oratoria. Pero Miró era demasiado grande para contentarse con tan poca cosa. Y más por indiferencia que por reflexión abandonó pronto tales exploraciones. Años más tarde, leyendo el *Examen de Ingenios,* de Huarte de San Juan, hallamos un capítulo, el XII, titulado como sigue: «Donde se prueba que la elocuencia y policía en el hablar no puede estar en los hombres de gran entendimiento.» Miró no dijo nada, mas no pudo evitar que asomara a sus labios una sonrisa de satisfacción. También la poesía cautivaba a Gabriel, pero le cautivaba para escucharla o para leerla, no para escribirla. Era frecuente oírle recitar entre otras composiciones la de Zorrilla sobre la tumba de Larra: «Ese vago rumor que llena el viento, es el son funeral de una campana.» Sólo en una ocasión le vi tentado por Erato. Fué una vez leyendo una traducción en prosa de un poeta griego, no recuerdo cuál. «¡Qué lástima! —exclamó Miró—. ¿No se podría decir esto en verso?»

Pero no cayó en la tentación. Que yo sepa jamás compuso un endecasílabo. Era un gran poeta, pero un gran poeta que no había de someterse a más ritmo ni más cánones que los de su genio creador. Alguien que lo quería como un hermano, comprendiendo lo que el propio interesado no había acabado de comprender, hubo de decirle: «Toma la pluma y escribe. Es tu mejor arma; ella te llevará a la victoria.» Gabriel Miró, alentado por el fervor con que se formuló el consejo, tardó poco en aceptarlo y se dispuso a escribir. Pero, ¿en qué género? No era esto tampoco tan fácil como parece. Miró se inclinaba a la novela, pero una novela a su modo. Una novela donde la trama fuese cosa secundaria. Sus creaciones no habían de reducirse a tejer fábulas y vestirlas después más o menos felizmente. Acaso lo principal era el vestido. De ser así no había problema. De su pluma irían brotando hebras de seda multicolores, dignas de los ropajes más regios. Pero, no; lo principal era todo; el continente y el contenido. Y en tal caso, ¿cómo eludir el asunto? Esto le preocupaba. Su pensamiento sobre la cuestión aparece diáfano en un trabajo titulado *Del natural*, que hubo de escribir por aquella época, trabajo que tiene mucho de autobiografía, o mejor de estudio autopsicológico. De él son estos párrafos.

«No temía a la forma; encontraba fácilmente la elegancia en la frase; su estilo, sin la rigidez y afectación del purista, sin ser arcaico, tenía la dulce pureza de los prosistas del siglo de oro y a la par era enérgico y brillante; sus párrafos eran armoniosos; se leían con gusto. Pero el asunto le atemorizaba. Creaba su imaginativa fábulas que aun en mantillas eran desechadas por la duda de que pudieran recordar otras o conservar dejos de cualquier autor.»

Con el tiempo concretó su juicio sobre la cuestión, depurando el primero que había formado. No se trataba ya de discutir si la fábula era vieja o nueva, original o gastada; el problema debía plantearse en otros términos. La obra literaria no había de comenzarse imaginando una trama, trazando un plan y haciendo un índice *a priori*, para llenarlo todo después con materiales buscados y trabajados

a tal fin. Era preciso invertir los términos. La obra literaria debía comenzar labrando los materiales dispersos que nos ofrece la vida, tales como ellos llegasen a las manos del artista, para reunirlos después según sus afinidades, en un conjunto bello cuya unidad se derivase naturalmente de dichas afinidades y nada más que de ellas. Este parece haber sido el criterio directriz de una gran parte de la producción de Miró. Así se explica que, como reconoce Ortega y Gasset, todas y cada una de sus páginas sean admirables y perfectas en sí mismas. Y lo son porque cada una de ellas debía cumplir y cumplía un fin propio. Semejante método literario encerraba el peligro de reducir el área de los lectores. Pero no importaba; Gabriel Miró prefirió siempre y en todo la calidad a la cantidad.

A pesar de lo dicho, su primera producción intentó acomodarse a los cánones de la novela tradicional. *La mujer de Ojeda,* escrita en la primavera de 1901 fué un ensayo de esta índole, que él repudió más tarde, aunque don Juan Valera lo cita ya en el *Superhombre* (pág. 377), prometiendo ocuparse de él más adelante.

Sea cual fuere la técnica empleada, toda la producción de nuestro artista está saturada de vida, interna o externa, subjetiva u objetiva, pero real y palpitante. A sus amigos de aquellos tiempos nos sería fácil coger muchas de sus obras y señalar los originales de sus personajes y de sus escenas.

A la misma época de *La mujer de Ojeda* pertenecen los primeros artículos y cuentos del escritor alicantino, casi desconocidos aún en el mundo literario. Entre ellos está el ya citado *Del natural.* Yo los publiqué todos el año 1901 en la revista que a los diecisiete de mi edad tuve el humorismo de fundar en Alicante con el título de *El Ibero,* donde el curioso lector puede consultarlos.

A *La mujer de Ojeda,* pensada y realizada en el retiro de un despacho, siguieron *Hilván de escenas* y *Del vivir,* nacidas las dos bajo el cielo luminoso de nuestra Marina y espejo ambas de aquellas tierras incomparables.

VII

Paralelamente al trabajo de producir literatura, Gabriel Miró emprendió el de enriquecer sus conocimientos literarios. Estos eran ya copiosos; poco después fueron tan extensos como profundos. Su primer contacto con las letras clásicas había tenido lugar en el colegio de Santo Domingo de Orihuela. Allí nació su amor a los autores antiguos y su afición a los textos bíblicos, que corriendo los años habían de cristalizar en sus admirables figuras de la Pasión y habrían cristalizado igualmente en los *Patriarcas*, en los *Profetas* y en las *Figuras de Belén*, si la muerte no nos lo hubiese arrebatado en la plenitud de sus facultades.

Gabriel era entusiasta admirador de los autores griegos y latinos. Los leía con frecuencia, más que como medio de acrecer su acervo literario, porque encontraba en ellos una fuente inagotable de belleza. Pero en verdad su pasión dominante eran los primeros: Safo, la poetisa de Lesbos, y Píndaro, el cisne tebano, le cautivaban con el encanto mágico de su lírica. No carecía ésta ciertamente de audacias y crudezas, pero como dijo un comentarista estaban escritas con pluma de oro empapada en esencias de rosas. Los vates a lo Teócrito, con sus cabreros y boyeros, le deleitaban también. Y le deleitaban sobremanera las Pastorales de Longo, donde Dafnis y Cloe tejían escenas llenas de gracia sobre el fondo risueño del paganismo, tamizadas discretamente por la noble prosa del gran literato que velaba su nombre bajo el seudónimo de un aprendiz de helenista. Miró, apasionado entonces como nadie por el arte griego, quiso aprender este idioma para saborear sus producciones con todas las delicadezas de su forma prístina. Comenzó a estudiarlo y buscó maestro que le auxiliara y le guiase. No lo encontró.

De las literaturas contemporáneas, le atraían especialmente la francesa y la rusa. Algo de ésta se refleja en los primeros trabajos breves de nuestro amigo. En ellos, las tristes llanuras de la Mancha y sus míseros campesinos

evocan la estepa del mujik. Tampoco faltan en estas páginas acentos de dolor y anhelos de redención nacidos ante el abandono y la explotación de los humildes.

En cuanto a las letras castellanas, sabido es que se entregó de lleno a su estudio desde los primeros momentos. Con un fervor sin ejemplo dedicó a ellas la mayor parte de su atención y de su tiempo, leyendo y analizando las producciones más salientes de todos los períodos, desde aquellos en que balbucía el castellano Gonzalo de Berceo, hasta los más recientes en que empezaba a destacarse la prosa recia y concisa de nuestro conterráneo Martínez Ruiz. Miró sentía ya entonces admiración por Azorín. Azorín no tardó en pagarle con la misma moneda. Gabriel leía muchos libros, pero nunca con impaciencia ni de prisa. Paladeaba la lectura, deteniéndose a veces un instante para gozar mejor cualquier belleza de pensamiento o de dicción. Cuando leía en voz alta, que a mi lado era siempre, daba al pasaje leído plenitud de vida y expresión, sin que por ello menguase un ápice la naturalidad de su palabra serena y ponderada en todas ocasiones. Como es de suponer, sus autores favoritos eran los de los siglos XVI y XVII. Los libros de Santa Teresa y de Cervantes, de Fray Luis de León y de Quevedo, de Garcilaso y de Lope de Vega, estaban constantemente sobre su mesa. Los de los dos primeros casi no se cerraban nunca.

Los novelistas modernos que leía con preferencia eran Alarcón, Pérez Galdós, Valera y Pereda. Sin embargo, el autor de *La pródiga* y el de los *Episodios* apenas influyeron en su labor literaria. No puede decirse lo mismo de los últimos escritores aludidos. Ambos contribuyeron en mayor o menor grado, pero de modo efectivo, a orientar su gusto y manera de escribir. Debióse esto probablemente a que tanto en las páginas de uno como de otro halló reflejado nuestro insigne paisano algo integrante de sus tendencias más íntimas, hallazgos que le llevó tal vez a sentir un noble anhelo de superación. Valera le interesaba, principalmente, en cuanto al fondo por el análisis psicológico de alguno de sus pasajes, y en cuanto a la forma, por su ele-

gancia en el decir y su maestría en lograr la frase más expresiva y concisa, aquella cuyos términos, muchos o pocos, estuviesen todos saturados de contenido. La aportación de Pereda al arte de nuestro prosista fué de otra índole: se refiere fundamentalmente al léxico. Muchas de las voces ajenas al caudal corriente del castellano en Levante que aparecen primeramente en la producción de Gabriel Miró llegaron a los labios de éste con la lectura de Pereda.

VIII

La palabra para nuestro artista tuvo siempre un valor trascendental. Todos los literatos la trabajan y la pulen con mayor o menor esmero; unos casi inconscientemente; otros a fuerza de atención y tiempo. Sin la belleza formal a que esa función está orientada no hay literatura aunque lo parezca. Pero el amor y el empeño que ponía Miró en cincelar la palabra, eran ya entonces superiores a los que se advierten en la mayoría de los prosistas. Para éstos, en general, el vocablo no es más que un vehículo, un medio de expresión, todo lo digno de cuidarse que se quiera, pero subordinado en definitiva a servir de continente y cauce al pensamiento. Para el autor levantino era mucho más. Era algo tan íntimamente ligado con la cosa, que venía a ser una proyección de la misma ante nuestros ojos, o si se quiere, una emanación de la realidad, como el perfume de una flor o la luz de una estrella en la teoría de las emisiones. Un paso más y nos encontramos con el sugestivo mito de *El pájaro verde.* En el interesantísimo cuento así titulado, nos habla D. Juan Valera de un viejo brujo al que atribuye estas frases: «Yo soy el único sabio que habla aún y entiende la lengua riquísima que se hablaba en Babel antes de la confusión...»

«Cada nombre de esta lengua contiene en sus letras la esencia de la cosa nombrada y sus ocultas cualidades. Las cosas todas, al oírse llamar por su verdadero nombre, obedecen a quien las llama.» No es ocasión de investigar ahora,

qué parte de realidad late en el fondo de estas bellas fantasías. Lo cierto es que las afinidades y lazos de las palabras con las cosas son con frecuencia tan íntimas y fuertes, que éstas, hasta que no encuentran su adecuada expresión verbal no son nada prácticamente para nosotros. En el mundo de la conciencia el hecho adquiere caracteres máximos. Fruto a su tiempo de aquella manera trascendente de valorar el lenguaje, fué ese carácter peculiar de la prosa de Miró, por el cual todo se nos muestra henchido de realidades; tanto, que, muchas veces, más que una página llena de líneas negras, parece que tengamos ante nuestros ojos las cosas mismas de que se nos habla. En ocasiones las tenemos con más pureza en el contorno y fuerza en el colorido, de las que podríamos obtener como resultado de una visión directa.

Pero las ideas de nuestro artista sobre el lenguaje no podían convertirse en hechos concretos ni reflejarse fielmente en su obra literaria, sin un trabajo previo o simultáneo tan amplio como minucioso: el de la formación del léxico. Esto a su vez exigía dos estudios paralelos: el de los seres y objetos que nos rodean en el hogar, en la calle, en el campo, en la playa; y el de los términos que sirven para expresar tales seres y objetos con todos sus pormenores. Los conocimientos de un hombre culto distan bastante por lo general de ser suficientes para el caso. Un artesano y un labriego tendrán siempre algo que enseñar bajo este aspecto a muchos respetables catedráticos. En cuanto a los escritores, tampoco podemos ser siempre muy optimistas. Unas veces nos agruman con perífrasis y definiciones más o menos acertadas, que nos obligan a perder un tiempo precioso y que en definitiva no son más que recursos para disimular la falta del vocablo preciso. Otras veces no es sólo el término, sino también la cosa, lo que se desconoce; entonces se sustituye el rodeo por el salto. Así nos describen un cuadro campestre poniendo en él muchos yerbas y muchos árboles, pero sin decirnos cuáles sean unas y otros, como no se trate de los más comunes. Y los callan sencillamente porque no han querido o no han podido observar

y estudiar la realidad. Gabriel Miró no había de conformarse con tan mezquino radio de acción. Su prosa debía estar limpia de explicaciones inútiles cuando se sabe el nombre de cada cosa. De igual manera, éstas tampoco debían aparecer en sus páginas con la pobre vestidura de los caracteres genéricos, sino colmadas, pletóricas de individualidad.

Nuestro paisano entregóse con vehemencia en aquellos años a la compleja tarea indicada, sin olvidar ni desatender por ello la fundamental de la pluma sobre las cuartillas. Ambas labores, la de acopio y la de producción, desenvolviéronse simultáneamente, completándose y perfeccionándose una a otra. Para formar el léxico riquísimo que llevó a sus páginas, hubo de recurrir a dos fuentes principales: la lectura de los buenos hablistas y la observación directa de la vida. No sé en cual de las dos bebió con más fruición; pero ni juntos los caudales de ambas bastaban para calmar su sed. Bien lo prueba el hecho, fácil de comprobar, de aparecer en sus escritos multitud de voces de cosecha propia, aunque de raíces más o menos hondas en el agro común. En cuanto a los autores de que más se valió para lograr su propósito, no es difícil comprender que fueron los clásicos. Sus contemporáneos, por selectos que fuesen, salvo contadas excepciones, sólo podían brindarle una aportación muy limitada. La cultura de Miró era ya entonces lo bastante extensa para no encontrar novedades en el acervo de un escritor cualquiera. Cuando en las obras de los mejores siglos hallaba términos perdidos en el nuestro, se detenía un instante a meditar. Los estudiaba, los saboreaba, los comparaba con sus sinónimos modernos y si sabían mejor que éstos o si carecían de equivalente en el lenguaje actual, los incorporaba resueltamente a su léxico. Para el lingüista las voces muertas están bien muertas por lo general. El idioma para él es algo vivo, que no puede, por lo tanto, divorciarse de la vida. Las palabras que desaparecen de labios del pueblo o de sus literatos perecen fatalmente, ya porque pierden el contenido que las animaba, ya porque ceden su puesto a otras más adecuadas para adaptarse al

medio ambiente. Pero el artista no piensa, no puede pensar así. Sus normas y su criterio son distintos, como inspirados fundamentalmente por la belleza.

La otra fuente copiosa, inagotable podríamos decir, en que bebió Gabriel Miró, fué la observación directa de la realidad y de la vida. Miraba todas las cosas con un amor tocado quizá de panteísmo; las examinaba como con lupa; y tardaba poco en descubrir sus pormenores más ocultos, sus matices más velados, sus líneas más sutiles y, sobre todo, sus afinidades y notas típicas desde el punto de vista artístico. Las excursiones que hacía con frecuencia por distintas comarcas de nuestra provincia, especialmente por la Marina, fueron fructíferas, mejor dicho, trascendentales para la literatura española. Tales viajes, a más de facilitarle los originales maravillosos de sus también maravillosas descripciones, le permitieron recoger de labios del pueblo multitud de voces propias de la región. Con muchas de estas voces, que en ocasiones son de rancia y noble ascendencia y que conservan puro su perfume orignario había de enriquecer más tarde nuestro escritor el caudal vivo del castellano literario. La labor de Miró estudiando la vida y consagrando, nombre por nombre, el de todas las cosas que desfilaron ante sus ojos, evoca la de aquel D. Francisco Gregorio de Salas, de que nos habla nuestro Azorín en sus interesantes *Clásicos y Modernos*. Era un poeta del siglo XVIII, sencillo, jovial y amado de los niños, que cuando le veían, corrían a buscarle y le rodeaban como al amigo de su mayor confianza. Nuestro vate lo observaba y estudiaba todo en sus paseos campestres. Luego derramaba sus observaciones en sus versos, en los que se ve «el propósito de nombrar por sus nombres peculiares y expresivos todas las cosas, habitantes y operaciones de los campos». Sea cual fuere el lirismo de Salas, que esto no viene a cuento, lo cierto es que su librito, como dice Azorín, «es un catálogo precioso de lengua hispana». Gabriel Miró, como el vate amado de los niños, se propuso nombrar todas las cosas por sus nombres más adecuados y expresivos, pero no sólo las del campo, sino también las de la ciudad; las de la sierra

y las del poblado, las del hogar y las de la calle, las del taller y las del templo, las de la materia y las del espíritu. Del grado en que logró su intento, pueden responder sus obras con mayor elocuencia que pudiera hacerlo el más erudito y devoto de sus amigos.

IX

Una tarde hallé triste a Gabriel Miró. Su jovialidad ordinaria se había trocado en abatimiento y mutismo. ¿Qué ocurría? Vaciló un poco y me lo dijo. Era preciso pensar en el día de mañana. ¿Para qué tienes, le habían dicho tu título de licenciado en Derecho? Y como pronto había de haber nuevas oposiciones a jueces, nada más lógico que aprovecharlas. ¡Ah! Dejar la pluma y abrir otra vez la Ley de Enjuiciamiento. Esto era trágico, pero necesario. Y el pobre artista, pensando en el día de mañana, volvió a sumirse en el estudio de la inhibitoria y la declinatoria. Para consolarse decía que cuando fuera juez no le faltarían doctos y bondadosos escribanos que supliesen con sus diligencias todas las faltas de la suya, de modo que sin perjuicio de sus deberes judiciales pudiera él, en la paz de un pueblo, seguir rindiendo culto a la literatura. No hubo caso. El licenciado leía leyes y más leyes, pero su pensamiento huía de todas. Sucedió lo que era de esperar; *Sigüenza* fué a Madrid, desdobló la papeleta que le tocó en suerte, Policía de Abastos; se preguntó qué sería aquello... y se acabaron las oposiciones.

Las oposiciones, sin embargo, distaron bastante de serle inútiles. Ellas probaron de modo casi concluyente, que Dios no le había llamado por aquel camino y que por lo tanto era preciso cambiar de rumbo. El lo sabía bien; los demás se convencieron ahora. Por otra parte, las mismas oposiciones le depararon la ocasión de enterarse del concurso abierto por el *Cuento Semanal*, concurso que, de otro modo, quizá no hubiese llegado a su noticia, pues ni solía leer periódicos ni caso de leerlos paraba los ojos en semejantes

anuncios. Dolorosos fracasos anteriores le habían hecho perder la fe en la limpidez de estos certámenes En la corte pudo apreciar de cerca que el del cuento prometía ser serio, dado el grado en que lo eran sus organizadores, a más del interés que tenía la empresa en que el trabajo premiado fuese en realidad sobresaliente. Con todo esto, Gabriel regresó a su tierra menos reacio a probar fortuna que si no hubiese hecho el viaje.

Comprendiendo yo la importancia capital de este torneo para el porvenir de mi amigo y seguro de que le sobraban alientos para salir triunfante, eché a la hoguera toda la leña que pude para caldear su corazón y decidirle a la lucha. En primer término le hice ver que en esta clase de lides no suelen triunfar la arbitrariedad y el favoritismo, aunque a veces pesen bastante en la redacción del fallo. Apelé luego a la fe que él y yo teníamos en su condición de literato; y le recordé, por último, que el optimismo y la victoria van siempre por el mundo cogidos de la mano. Al fin, Gabriel se dejó llevar de la mía, contagiado de mi entusiasmo y se decidió a escribir el cuento. Pero indiferente como siempre a todo cuanto supiera a artículo de ley o reglamento, no se había cuidado de consultar las condiciones del cartel ni de averiguar siquiera dónde podría leerlas. Entonces me dediqué yo a buscar el anuncio del concurso hasta dar con él en la redacción del «Diario de Alicante».

Miró comenzó a escribir. Todas las tardes a la hora de ponerse el sol, cuyos últimos fulgores llenaban su despacho, me leía pausadamente la labor del día. Luego, y con ingenua satisfacción, escuchaba el comentario. Terminado el cuento consultó de nuevo las condiciones del concurso. ¡Pícara aversión a los reglamentos! No había tenido en cuenta la extensión requerida, y su trabajo adolecía de corto. Era necesario escribir sin perder tiempo veinte o veinticinco cuartillas más e intercalarlas o añadirlas al texto primitivo sin que se conociera la soldadura. Todo se hizo con maestría. Poco después el fallo del jurado consagraba definitivamente el nombre del escritor levantino. Cuento premiado: *Nómada*; autor, Gabriel Miró.

Hasta aquel día el licenciado de ojos azules y cabello rubio no había sido para muchas gentes más que un muchacho de buena familia y gallarda presencia, a quien gustaba poco alternar con los de su clase en diversiones y frivolidades. Según se decía a media voz, le había dado la chifladura por recluirse en su barrio y en su gabinete de trabajo para escribir novelitas en un estilo extravagante que no podía seducir a nadie. Abiertas las puertas de la fama por el éxito del *Nómada,* la rosa de los vientos lo acusó en seguida en dirección opuesta. Y los mismos comentaristas que hasta entonces habían subrayado con sonrisa irónica la prosa de Gabriel, aprestáronse ahora a visitarle para estrecharlo entre sus brazos. El cuento era magnífico. El premio, merecidísimo; y merecidísimo también el homenaje que la intelectualidad española congregada en un gran banquete tributó en Madrid al autor del cuento. El, con su nobleza peculiar, les abrió los brazos dando por saldadas las cuentas anteriores. La obra que siguió a la victoria del *Nómada* fué cada vez más jugosa y celebrada, hasta que la muerte le puso término el 28 de mayo de 1930.

La prosa del opositor que no supo contestar al tema de Abastos, saltó las fronteras españolas y fué traducida en varios idiomas, conservando en ellas todo el valor estético de su contenido. Alicante honró la memoria de Miró dando su nombre a la antigua y alicantinísima plaza de las Barcas y colocando en ella el busto del titular. La Caja de Ahorros del Sudeste de España ha tenido también un gesto nobilísimo: la creación de la Biblioteca Gabriel Miró, que será pronto una de las mejores de España. Su bibliotecario, D. Vicente Ramos, es uno de los más documentados y entusiastas apologistas de nuestro literato.

Finalmente, el autor de estas páginas prepara un libro de memorias sobre sus años de convivencia fraterna con Gabriel, donde hallará el que leyere cuanto no cupo en las líneas anteriores.

II

CARLOS ARNICHES BARRERA

11 DE OCTUBRE DE 1866 - 16 DE ABRIL DE 1943

I. Los chicos del colegio. La piedra de toque.—II. Barcelona y Madrid. El banquito del Prado.—III. La luz de los escenarios. Llegada al puerto.—IV. *La leyenda del monje*. Boca abajo todo el mundo. Exito tras éxito.—V. Se impone el género chico. *El santo de la Isidra*, *La fiesta de San Antón* y el *Alma de Dios*.—VI. La aportación de la suerte y la del mérito. Talento, trabajo y técnica.—VII. Arniches, hijo predilecto de Alicante. El homenaje de 1921. Visitas posteriores.—VIII. Muere el comediógrafo. Flores y mantones. El busto de Alicante.—IX. Los puntos sobre las íes.

I

Es un caso de temple en la lucha con la vida, hasta hacerla risueña y generosa. Nadie lo hubiera supuesto en la niñez de este hombre. Sabido es que ni todos los genios son precoces, ni todos los precoces llegan a genios. Lo mismo ocurre con la energía del carácter: los que la tienen de veras no siempre la dejan traslucir antes de hora; y los que hacen sospechar que la poseen a fuerza de testarudos en la infancia, fracasan con frecuencia por falta de tesón cuando llega el momento crítico de ponerla en juego. Nuestro comediógrafo parece haber sido ejemplo destacado de que el talento y la voluntad de buena ley no suelen tener prisa en darse a conocer.

Un condiscípulo de mi insigne paisano me aseguró que éste era un tanto paradito, apocado, tímido; en suma, simplemente lo que se llama un buen chico, cuando no se quiere aquilatar demasiado el valor de la frase. Respecto a mentalidad y aplicación, no daba muestras de diferenciarse en nada de sus compañeros de colegio; no era más torpe, pero tampoco parecía más listo; en fin, uno de tantos. Na-

die, pues, habría podido augurarle un porvenir brillante. Nadie tampoco podría sospechar que en aquel niño de tan escasa dinamicidad aparente se encerraba un luchador con alientos y fuerzas suficientes para enfrentarse con la vida y salir del palenque cubierto de laureles.

La clave de todo está en que la adversidad, esto es, la verdadera piedra de toque de las inteligencias y los corazones, no había entrado todavía en acción. Semejante factor y con él la necesidad de recurrir a todas las energías latentes en su espíritu, tardaron poco en presentársele. Siendo muy joven, los reveses económicos de su casa le obligaron a ponerse al frente de su familia y a luchar como un bravo para sostenerla con el decoro propio de su clase. Ignoramos los motivos por los que no quiso o no pudo librar esta batalla en su ciudad natal.

El caso se repite a diario en todas partes. Lo cierto es que adolescente todavía, tuvo que dejarla lleno de tristeza, pero animoso como nadie, para poder conquistar el pan en otras tierras, con mayor libertad de acción y más ocasiones de obtenerlo, con la añadidura de alguna que otra cosa de las que nunca faltan en las sonrosadas perspectivas de la juventud. He aquí cómo se expresaba su condiscípulo el profesor D. José Mingot, cuando a su propuesta, en 1921, se le nombró hijo predilecto de la ciudad.

«Muy joven, casi un niño era Arniches, cuando el huracán de la desgracia arrasó su casa, obligándole, con su familia, a abandonar su patria chica para ir a fijar su residencia en otra población que ofreciera más facilidades para la vida modesta que el destino deparara.

»Su pobre padre, sin fuerzas ya para la lucha, desfallecía; y Arniches sintió sobre sí todo el peso que gravita sobre aquel que contrae la obligación de sostener una familia sin contar con más patrimonio que su inteligencia, ni más auxiliares que unas débiles mujeres, su santa madre y sus abnegadas hermanas. Y Carlos Arniches, sin otras armas que la pluma y las cuartillas, se apercibió a librar la batalla por la vida.»

El propio Arniches, en la solemne ocasión indicada, sub-

Carlos Arniches y Serrano Anguita en la Explanada de Alicante

ARNICHES

MONTE ESQUINZA, 14
TELÉFONO 33575

Sr. Don Francisco Figueras Pacheco.

Mi querido amigo: profundamente emocionado leí su carta dándome cuenta del noble y generoso rasgo de Don Joaquín de Rojas, colocando en el Museo provincial de Alicante, los retratos de mis padres.

Esta delicada atención que tanto me honra por lo que significa y que tanto me enaltece por el lugar en que quedará perpetuada, me obliga a un agradecimiento, que no sé con que palabras podría manifestarles. Pero sepan que esta dignidad a la memoria de mis padres y este honor a mi persona modesta, me decidirán en su día a una pública reverencia a personas capaces de tan alto sentido espiritual.

Gracias al señor Rojas y a ud. — amigo Figueras y sendos abrazos, para paisanos tan ilustres a los que desde hoy quedo obligado con una fervorosa devoción de gratitud y de amistad

Carlos Arniches

Madrid 18 Febrero, 1936

rayó emocionado el recuerdo de aquellos amargos días. Dijo al efecto: «Hace muchos años, muchos, era yo un niño todavía, ¡calculad cuántos!... salí de Alicante empujado por vientos de desventura hacia una tierra extraña. En ella fracasaron mis aptitudes comerciales y al poco tiempo me llevaron a Madrid mis ilusiones literarias; y allí malaventurado, solo, desconocido, sin auxilio de nadie y sin otras armas que una pluma y unas cuartillas empezó mi lucha por el porvenir; una lucha cruel, implacable, llena de horas negras, de esas horas que no traen sino visiones de desesperanza y de amargura.

»No quiero entenebreceros estos instantes con el relato minucioso de mis tristes días de bohemio; pero es preciso llegar a este cuadro sombrío, porque de él arranca mi fe en esa virtud fortalecedora que derramó luego sobre mi corazón las rosas de la ventura y del bien.

»En la virtud del trabajo, del trabajo, señores, que es sin duda la única razón con que yo puedo justificar ante vosotros mi éxito humilde.»

II

Situado en Barcelona cuando apenas tenía diecisiete años, tuvo que buscar el pan trabajando como dependiente de comercio. Las actividades que desplegó en este ambiente no le fueron bien. Sus aficiones literarias le llevaron luego a colaborar en *La Vanguardia*, sin que esto le permitiese medrar económicamente ni destacarse como escritor. Poco después, sintiéndose fracasado en la ciudad condal, decidió abandonarla para trasladarse a Madrid, donde los horizontes del arte parecían más luminosos y optimistas. Contaba diecinueve años cuando llegó a la Corte, sin más compañía ni amparo que los de su pluma. Allí consiguió asilo en casa de una pariente, que no quiso o no pudo prestárselo más que de modo deficientísimo. La buena señora, al estilo del licenciado Cabra, le daba tan poco de comer, que Arniches rompió pronto con ella y renunciando a la hospitali-

dad que le daba, se puso él mismo de patitas en la calle. Las primeras noches, y quizá muchas más, tuvo que dormir en un banco del Prado. El pan de cada día llegó a sus labios tras la ruda batalla también de cada día. Así, Carlos Arniches pasó un par de años de penosísima bohemia, hasta llegar al de 1888, en que ocurrió lo que verá quien siguiere leyendo.

III

La luz de los escenarios atrae las mariposas de todas las ilusiones. Después de probar fortuna inútilmente en distintas actividades, se le ocurrió a nuestro héroe, lo mismo que a casi todos los que pretenden conquistar la gloria con la pluma: escribir para el teatro. No creo que entonces pensara principalmente en la golosina del trimestre. Para los espíritus selectos, el triunfo en las tablas es deseable por motivos menos prosaicos, aunque la realidad obligue a tenerlos también en cuenta.

Pero si la luz de los escenarios atrae las mariposas de todas las ilusiones, es también la llama que la reduce a cenizas en un instante. Tras el estreno de una comedia, igual pueden sonar las trompetas de la fama que hundirse el autor en el desprestigio y el ridículo. Hasta la hora de la representación nadie lo sabe por ducho que sea en el asunto. Y para llegar a ella, ¡cuántas fatigas, molestias y contrariedades no tienen que sufrir los escritores noveles! ¡Y por cuántos tamices no han de pasar sus libros! El último de aquéllos, el más temible, el definitivo, es el del público. Si el libro no encaja en su psicología y en sus gustos, irá sin remisión al foso, y gracias si no desciende a él con acompañamiento de truenos y relámpagos.

Los reveses sufridos por Arniches en otras lides no habían anulado su esperanza y su fe en encontrar palenque de donde saliera victorioso. Y así, no obstante la depresión que los fracasos producen en el ánimo más fuerte, la nave de sus ilusiones se hizo a la vela en este mar proceloso, dispuesta a abrirse paso entre sus olas, hasta llegar al puer-

to deseado. El vigía del barco lo descubrió en 1888 al estrenarse en Eslava la *Casa Editorial*.

IV

Esta obrita que escribió nuestro autor en colaboración con otro de su misma provincia, el alcoyano Gonzalo Cantó, fué la primera que llevó el nombre de Arniches y la primera también de la copiosa serie de sus triunfos. Labios poco piadosos intentaron desvirtuar el de la *Casa Editorial*, deformando en son de burla el apellido de su autor para llamarle el *Currinche*, que era el mote de un pobre torerillo de la época. No sabían que el que entraba ahora en el ruedo era un espada de la talla del «Guerra». La confirmación se hizo esperar poco. El 6 de diciembre del mismo año se estrenaba en Apolo *La leyenda del monje*; letra de Arniches, versos de Cantó y música de Chapí, hijos los tres de la provincia de Alicante. El éxito fué rotundo y clamoroso. El vino a consagrar definitivamente el nombre de nuestro autor y a compensar a éste de los infinitos sinsabores sufridos hasta aquel momento. De la excepcional trascendencia del estreno, da idea el ameno e interesante libro de Mariano Zurita, intitulado *Historia del Género Chico* y publicado en Madrid el año 1920. En el sumario de su capítulo IX hallamos las siguientes líneas, cuya expresividad juzgará el lector: «Aparición de un astro de primera magnitud. Surge Carlos Arniches y boca abajo todo el mundo. Llegar y besar el santo. A éxito por obra.»

No es menos expresivo lo que después dice Zurita. Transcribo a continuación sólo algunas afirmaciones: «Los astrónomos teatrales señalaron en Arniches la aparición de una estrella de primera magnitud llamada a alumbrar espléndidamente el cielo del "género chico", y desde entonces todo fueron tortas y pan pintado.» A *La leyenda del monje* siguieron inmediatamente *Los aparecidos*, *Los secuestradores*, *Las campanadas* y tantos otros éxitos. «Ricardo de la Vega y Javier de Burgos comprendieron en seguida que se

las tenían que ver tiesas con un rival de pelo en pecho e hicieron cuantos esfuerzos son imaginables para seguir manteniendo decorosamente su puesto de honor, como maestros del sainete. Todo inútil.» El torerillo Currinche acabó desplazando a los espadas.

V

Todos los noveles, simplemente por serlo, carecen de experiencia; pero el nuestro poseía entendimiento sobrado para suplirla en lo fundamental con la previsión y el raciocinio. Tenía fantasía para urdir tramas interesantes; discreción para desarrollarlas ponderadamente, dentro del marco férreo de un escenario; facilidad para dialogar la acción, y habilidad insuperable para mover los peones en escena. Tampoco le faltaba un fino espíritu de observación, que tan útil había de serle con el tiempo, para llevar a las tablas todos los matices de la vida con el verismo mismo de la realidad. Tuvo también la suerte y el acierto de empezar a escribir sus libros cuando las gentes sentían la necesidad de distraerse y deleitarse con los de su clase.

Dado el ambiente del último tercio de nuestro siglo XIX, el público estaba ya un poco fatigado de no ver más que obras grandes; comedias a lo clásico, mejor o peor adaptadas a la época, y dramas dolorosos a lo *trovador*. Aspiraba a entretenerse también con creaciones más ligeras que le exigiesen menos desgastes de atención y que terminaran a pedir de boca, como los cuentos de las *Mil y una noches*.

La modalidad artística destinada a servir los nuevos gustos fué lo que con frase tan adecuada como gráfica se hubo de llamar *género chico*. El nuevo estilo, amparado por una música flúida, transparente y asequible a todos los oídos, tardó poco en producir multitud de amenísimas obras en un acto.

Carlos Arniches, arrastrado quizá por la corriente, no quiso dejar de probar fortuna en este género. Como hemos visto, ella le sonrió desde el primer momento. A la *Casa Edi-*

torial con que inició la serie sucedieron, sin solución apenas de continuidad, otros muchos triunfos, jalonando frecuentemente su carrera teatral éxitos tan grandes como los de *El santo de la Isidra, La fiesta de San Antón* y *Alma de Dios,* fueron innumerables las obras que recorrieron todos los escenarios de España y América entre salvas de aplausos en las salas de los teatros y ríos de oro en los despachos de localidades. Descontados los dichos, véanse algunos de los títulos por el orden de su aparición en los carteles: *Las campanadas, El cabo primero, La banda de trompetas, Los camarones, Los chicos de la escuela, El pobre Valbuena, Las estrellas, El perro chico, La suerte loca...*

La musa de los más inspirados compositores se puso amablemente al lado de nuestro escritor de juguetes cómicos y cuadros de costumbres, primero, para contribuir a su triunfo la noche del estreno y luego para perpetuarlos en el repertorio de todas las compañías. Sabido es entre empresarios, intérpretes y autores, que el éxito inicial de una obra cómica lírica depende principalmente de los atractivos y perfección de la letra; y su duración en las carteleras, de los de la música. La del teatro de Arniches fué siempre grata a todos los públicos, y con frecuencia fué también modelo de técnica y belleza más que sobradas para satisfacer las exigencias máximas del género. No en vano escribieron sus partituras maestros como Chapí, Serrano, Caballero, Torregrosa y otros, cuyas melodías, saliendo pronto del marco de los escenarios, se extendieron triunfalmente por todas partes y en todas ellas encuentran eco todavía. Dígalo, si no, a título de ejemplo, la famosa romanza de *El cabo primero,* con la que aún se lucen y nos deleitan las tiples profesionales en los conciertos públicos y las «dilettantis» en los privados

Respecto a canciones de ambiente popular, de esas que están al alcance de todas las gargantas y pueden interpretarse bien o mal sin acompañamiento de instrumento alguno, nada hay que decir; todavía se recuerda el famosísimo número del vagabundo, con que Serrano y Arniches se hicieron dueños de todos los hogares y de todas las calles, du-

rante muchos años, acaso con mayor insistencia de la que sus propios autores hubieran deseado. Refiriéndose incidentalmente a la obra de la cual era el número aludido, los autores de una parodia intitulada *¡Qué alma, Rediós!*, señores Silvio y Figarelo, estamparon al frente de su libreto el año 1908 la siguiente dedicatoria: «A D. Carlos Arniches y a D. Enrique García Alvarez, reyes absolutos del género chico y del trimestre, ofrecen esta pirueta de circunstancias dos bufones del género homeopático, que hoy más que nunca, creen en la inmortalidad del *Alma... de Dios.*»

Sí; los autores de la parodia tenían razón. El *Alma de Dios* prometía eternizarse y el comediógrafo alicantino era hacía tiempo uno de los zares del teatro y de sus taquillas. Los días penosísimos, de tentativas inútiles, de desaires, de excusas, indiferencias y de sinsabores, habían quedado muy atrás, dejando el paso libre a los del aplauso y el trimestre. Y los empresarios de las compañías cuyos directores esquivaban ayer el asalto del comediógrafo en ciernes, guardaban ahora turno, sombrero en mano, para decirle humildemente: «Por Dios, don Carlos, otra obrita, ¡Numi pietà!», como diría Aida elevando una súplica a los cielos.

VI

Las circunstancias de momento y hasta los favores de la suerte pudieron a veces no ser enteramente extraños a los triunfos de nuestro hombre; pero el hecho de que éstos se sucediesen casi sin solución de continuidad hasta no quedar teatro donde no se representara a diario alguna de sus producciones, obedece a causas de otra índole. Todas se resumen en tres palabras: talento, estudio y laboriosidad. Arniches, acaso no habría servido para escribir dramas. Las situaciones violentas y las soluciones trágicas se conciliaban mal con la serenidad y el optimismo de su espíritu, como los gritos de dolor no hallaban sitio adecuado en los pentagramas de Mendelssohn. La comedia de tesis, tampoco probablemente le habría llevado a escalar las cumbres de la

fama. El no creía que los escenarios se hubiesen hecho para explicar filosofía y dar lecciones constantes de moral, sino para deleitar y divertir a las gentes, sin exigirles gran desgaste de nervios y paciencia. El teatro no debía ir contra las buenas costumbres, pero tampoco podía ser fundamentalmente un reformatorio de las censurables, sino un espejo de las que diese la realidad, depuradas y engalanadas del modo y en la medida que aconseja el buen sentido.

La psicología de nuestro autor no era, pues, la más adecuada para escribir dramas a lo Echegaray o comedias a lo Sellés, aunque cuando entraba por excepción en estos campos supiera hacerlo discretamente. Es posible que sin el escudo de su prestigio bien ganado tales intentos no hubiesen cosechado tantos laureles.

En cambio, para concebir un episodio o cuento ameno y escenificarlo después a la perfección, o para llevar felizmente a las tablas los incidentes de la vida diaria, interesando y deleitando con ellos al público una hora, el talento y la habilidad de Arniches eran realmente insuperables. Dotado de fecunda imaginación y de destreza máxima para ir dándole salida ponderadamente por los puntos de la pluma, él sabía como nadie aprovechar cualquier asunto, ya a base de ficción, ya de realismo, para convertirlo en una grata, interesante y popularísima obra del género chico. Así pudo legarnos tantas y tan aplaudidas producciones. Buen número de ellas llegaron a los actores contados días después de haberlas puesto en el telar Carlos Arniches. Un paso más y le habría sido aplicable la frase famosa de «el Fénix de los Ingenios».

Para documentarse bien en el género literario a que se dedicó nuestro autor no era preciso emplear mucho tiempo en bibliotecas y archivos. Al alcance de todo el que quisiera leerlo existía un libro, insuperable e insustituible: el libro de la vida. El, al fin y al cabo, fué siempre el que formó con éxito nuestra literatura, en la que, a diferencia de lo ocurrido con otras del Norte y del Mediodía, el idealismo, sólo por excepción rarísima dió frutos sazonados. Arniches, pues, se dedicó a estudiar la realidad allí donde pudiera serle

útil: en la calle, en el templo, en el paseo, en el hogar, en el cine, en la tienda, en el café, en la fiesta... en todas partes. No hay clase social que no desfile de algún modo en las escenas del autor levantino; pero las del pueblo, las del madrileño especialmente, fueron siempre las preferidas y también las que le ganaron más palmas. Si en vez de nacer a orillas del Mediterráneo hubiera venido al mundo en la Puerta del Sol, no habría captado mejor la psicología de aquel pueblo, ni retratado con más fidelidad sus tipos y sus costumbres. Cuando se sale de este ambiente puede trazar cuadros que trascienden un poco a fantasía. Cuando trabaja en él, son aguafuertes.

«El mayor éxito que he obtenido hasta la fecha —me decía nuestro autor en diciembre de 1921— fué *El santo de la Isidra.*» Este sainete, musicado por su paisano el igualmente popular López Torregrosa, encajaba admirablemente, no sólo en el marco de la realidad que él dominaba mejor, sino también en el de sus gustos y aptitudes de comediógrafo. Soslayar filosofías y problemas graves, huyendo de verse obligado a resolverlo a lo Serpis, fué siempre, tanto tendencia de nuestro autor como del público que le aplaudía. En *El santo de la Isidra* se interesa al espectador con una acción que puede acabar a puñaladas, pero que termina, como la aventura de los leones, sin una gota de sangre.

Pero el libro de la vida, tan pródigo en materiales útiles a nuestros literatos, no bastaba para enseñar a Arniches más que en muy moderada proporción la técnica específica de su arte, asignatura ésta, de una facultad en la que conquistó pronto la borla del doctorado. Tampoco podía aprender tal disciplina de modo apreciable estudiando los clásicos griegos y romanos o los de nuestro fecundo siglo de oro, porque entre el teatro de unos y otros y el que estaba a la sazón en boga, mediaba casi un abismo a los efectos de tal técnica. Esta fué creada y depurada día tras día estudiando nuestro autor los efectos de sus propias obras sobre el público y la manera de reaccionar el público en cada caso. Al fin y al cabo, el método peculiar de la ciencia moderna: observación, experiencia e inducción. De este modo

fué descubriendo y articulando él mismo los cánones a que debía someterse. Semejante criterio le permitió enriquecer sus obras ampliando el campo de la acción, el número de personajes y el ajuar escénico, sin correr grave peligro de que estas complicaciones le costasen caras. Nuestro comediógrafo caminaba seguro sobre las tablas, porque la técnica teatral había acabado por revelarle todos sus secretos. El sabía bien mover las figuras en escena, renovarlas en bloque o una tras otra y darles la entrada y la salida en el momento oportuno, ni un segundo antes ni uno después. Conocía igualmente el mejor modo de plantear y resolver las situaciones y el de ligarlas entre sí de suerte que no se esfumara la unidad fundamental de la acción ni decayese su interés. Medía con justeza el tiempo reservable a la intervención de cada personaje y con más justeza aún sus conatos de sentar doctrina o de dar lecciones sin que el público las repudiase. En los momentos de mayor peligro, un chiste bien pensado desarmaba al espectador, obligándole a soltar una carcajada, cuando quizá se disponía a iniciar un siseo. En cuanto a verismo, fluidez y propiedad del diálogo, nada se diga, porque los suyos parecían tomados en cinta magnetofónica en mitad de la calle. Su maestría, bajo todos estos aspectos, se reconoció hasta por aquellos que tildaron su producción de baja tónica. Ignoramos a qué altura habría rayado nuestro autor si se hubiera propuesto escribir en otro tono; sabemos que en el que cultivó lo hizo como un maestro.

VII

Alicante se sentía orgullosa de ser la cuna de Carlos Arniches; y los alicantinos, tanto en privado como en público, se vanagloriaban de tenerle por paisano; pero la ciudad, oficialmente, no había dado testimonio alguno de semejante actitud; Arniches, por su parte, evocaba con delectación los años felices de su niñez, las amistades de entonces, la luz y la alegría de su tierra y las palmeritas que orlaban en ella el azul del Mediterráneo. Pero lo recor-

daba todo como perdido, no sólo en las lejanías del tiempo y del espacio, sino también en las del espíritu. Faltaba al del escritor la caricia del pláceme que en el fondo de su corazón anhelan más los triunfadores, esto es, el abrazo colectivo de quienes se consideran y son hermanos suyos. Un periodista alicantino, Eduardo García Marcili, vió con claridad la situación y vió también que para resolverla sólo hacía falta que alguien tomase la iniciativa, puesto que, orgullosos de su paisano los alicantinos y ávido él de recibir sus abrazos, no existía realmente otro problema que el sencillísimo de fijar la hora. A tal efecto, dirigió una sentida carta abierta al preclaro escritor, de la que son las bellas y fervorosas líneas que siguen:

«La compañía de comedias que ahora actúa en el Principal va a estrenar *La chica del gato* y *La heroica villa,* dos de vuestros más recientes triunfos. ¿Por qué no aprovechar, maestro, esta ocasión, para reconciliar vuestro espíritu con la *terreta* amada, que os mira lejano, muy lejano, tal como si hubiérais de por vida renunciado a ella?

»Aceptad la invitación que el más modesto de los periodistas alicantinos os hace en nombre de la ciudad; iremos a buscaros hasta vuestro refugio glorioso; os traeremos en las andas de nuestro afecto, enguirnaldadas con las flores del entusiasmo y aromadas por el incienso de la admiración.

»Veréis cómo se adentra en vuestro corazón el amor de esta tierra, que para recibiros, para agasajaros, para cobijaros, tiene el dosel de su cielo de añil y el sol dorado y tibio que os besará en la frente excelsa con amor de padre. Yo con toda reverencia, os beso la mano, glorioso maestro. *Aristarco.*»

La iniciativa del periodista halló inmediatamente eco entusiasta en todos los sectores de la población y en los munícipes que entonces la representaban, los cuales, a propuesta del edil D. José Mingot Shelly acordaron nombrarle hijo predilecto de la ciudad. Carlos Arniches acogió la invitación de sus paisanos con íntima alegría, viendo seguramente en ella el mayor premio de su labor de tantos lustros y el resumen más preciado, expresivo y cálido de

todos sus éxitos. ¡Ah! El de vencer en vida en la propia tierra es mucho más difícil de lo que parece. Finalizaba noviembre de 1921. De acuerdo con el Ayuntamiento, se se señaló el 10 del mes siguiente para recibir con todos los honores a nuestro insigne comediógrafo, no habiéndose fijado fecha más inmediata, para poder preparar bien el homenaje que había de tributársele. Los actos que lo constituyeron se llevaron a efecto los días 10 y 11 de diciembre. El autor de *El santo de la Isidra* los pasó en su ciudad natal, después de una ausencia de más de treinta años, saldándose ahora olvidos de los que nadie tenía la culpa, por tenerla todos. Alicante tributó a Carlos Arniches un férvido homenaje de admiración y cariño integrado por multitud de solemnidades y agasajos. Unas y otros culminaron en el Palacio Municipal al celebrarse la sesión de honor en que se le entregó el título de hijo predilecto de la ciudad. Temiendo que la emoción le impidiese confiar su pensamiento a la palabra hablada leyó unas cuartillas de las que hoy me limito a trascribir estas frases: «Bien he visto yo que no hay amor como el de la tierra en que nacemos, porque ella, al igual que la madre, apenas presencia los triunfos del hijo y, sin embargo, luego, en el rincón del hogar querido, es la que le da el abrazo más entrañable, más duradero y más fuerte.

»Todas las horas amargas de mis días tristes de juventud, por muchas que hayan sido, están compensadas con exceso por esta sola hora en que el amor de Alicante me dice por vuestro corazón que no olvidó al hijo ausente.»

Los lazos de afecto con los alicantinos prácticamente limitados antes a la familia y a los amigos íntimos, se multiplicaron y estrecharon tras el homenaje, con señaladas pruebas de estimación por ambas partes. Consistió una de ellas en el rescate para el Museo Provincial de los retratos de los padres de Arniches, que desde el huracán que asoló su casa vagaban perdidos en hogares ajenos o en manos de mercaderes. Mediaron en el asunto D. Joaquín de Rojas y el autor de este artículo. Carlos Arniches, con tal motivo, me escribió una carta henchida de emoción.

Después del cálido homenaje de su ciudad natal, Arniches volvió a ella dos veces: una para asistir a la representación de su comedia *Es mi hombre*, y otra, buscando asilo en momentos trágicos. En la primera, planeó conmigo una obra lírica cuya acción había de desenvolverse en las serranías de La Marina de Alicante y cuyos cantables debían estar escritos en valenciano, por ser, a mi juicio, nuestra lengua insuperable para el canto. Circunstancias que no vienen a cuento nos impidieron convertir el proyecto en realidad. En la segunda de las ocasiones aludidas se hospedó en casa de nuestro primo, pues lo era de los dos, el señor Pacheco Barrera, hasta que, horrorizado de lo que ocurría en derredor, resolvió marchar al extranjero, logrando embarcar en nuestro puerto para Marsella. Ya lo explicaré todo más despacio.

Al regresar a su patria nuestro autor, se dedicó de nuevo a sus ocupaciones teatrales. La última obra que brotó de su pluma fué la tragicomedia *Don Verdades*. Ensayábase ésta cuando Carlos Arniches recibió la noticia del fallecimiento en América de su hija Rosario. La impresión que le produjo su pérdida fué tan grande, que sumiéndole en profundo abatimiento, le llevó al sepulcro a las pocas semanas. Bajó a él en 16 de abril de 1943. Valeriano León, el 27 de octubre del mismo año, estrenó su *Don Verdades* en el Teatro Alcázar de Madrid. Los vecinos de la calle de Carlos Arniches, antes del Peñón, participando sinceramente del dolor de la familia, se apresuraron a circundar de flores y mantones de Manila la placa que daba nombre a la vía. Fué una prueba tan espontánea como delicada del cariño y estimación que profesaban a su titular. Alicante lloró su muerte con lágrimas de madre y honró su memoria erigiéndole un busto en la rosaleda del parque de San Fernando, que luego se trasladó al de Canalejas, donde aparece actualmente frente al mar.

IX

Aunque la presente ocasión no es la mejor para discutir los reparos puestos al teatro de Arniches, no quiero dejar de aprovecharla, para decir dos palabras sobre algunos de ellos. Se le ha acusado de falsear el lenguaje de los tipos que dan vida a sus sainetes; y de igual modo se ha negado la realidad de sus personajes, diciendo que son producto de su imaginación de levantino. Aunque el comediógrafo no debe seguir ejemplos como el de Garcilaso, cuyos pastores se parecen muy poco a los de carne y hueso, le es lícito poner en labios de sus personajes las frases y vocablos que juzgue más adecuados dentro de ciertos límites. Con ellos hay que sustituir en el sainete las groserías del lenguaje que usan ciertas gentes para andar por el mundo. En cuanto al verismo de los personajes de Arnciles, no es mayor ni menor, en fin de cuentas, que el de innumerables obras literarias, que forzosamente hubieron de retocar la realidad para presentarlas bellamente al público. Y si en los sainetes de nuestro autor sólo llega a nosotros parte de aquella realidad, la omisión de la restante no se debe a negligencia u olvido, sino a discreción y buen gusto dignos de todo encomio. En este asunto nadie ha puesto tan acertadamente los puntos sobre las íes como lo hizo Serrano Anguita, al hablar de Arniches en el *Libro de Oro* de Alicante. Suyo es el jugoso y bien pensado párrafo siguiente: «Tenía el buen gusto y el piadoso acierto de no buscar sino el lado noble y simpático de los tímidos, de los oscuros, de los pequeños. El no ignoraba que en algunos turbios y encrespados fondos hervían las malas pasiones, se agitaban rufianes y granujas, fermentaba la chulapería agria y se desenvolvía ese mundillo áspero de randas, timadores, criminales y pervertidos que en cada gran conmoción sale a la superficie y muestra lo que hay de sucio, de cruel y de sanguinario en el hampa de las grandes ciudades. No lo ignoraba, pero fingía ignorarlo. Y si exponía a la luz de

las candilejas alguno de aquellos tipos miserables, hábiles en el robo o en la matonería, lo dibujaba con trazos rápidos y le condenaba siempre al fracaso ejemplar, al ridículo, a la rechifla y a la derrota.» Las mutilaciones y retoques de la realidad en los sainetes de Arniches, no son, pues, más que sensatez, delicadeza y elegancia.

De todas estas cosas y otras muchas que hubieron de quedarse en el tintero, me ocuparé a la menuda, Dios mediante, en otras páginas. El espacio reservable al escritor levantino en las presentes está más que agotado.

III

RAFAEL ALTAMIRA CREVEA

10 DE FEBRERO DE 1866 - 1.º DE JUNIO DE 1951

I. Prestigio universal. Alicante, Valencia, Madrid, Oviedo.—II. y ciencia. El literato. Cuentos y novelas. El Polígrafo. Pro ción formidable. España y el extranjero.—III. Altamira tierra. Modestia y sabiduría. La reconquista de nuestro tiem IV. El viaje a América. De la Argentina a Méjico. Camin flores. Reacción hispanista.—V. De regreso a la patria. Ll a Santander. Recibimiento grandioso. Altamira en Alicante. plosión de entusiasmo. Homenaje magno.—VI. La Dirección ral de Instrucción Primaria. Salida de nuevo al extranj Texas. Londres y Bruselas.—VII. La última fase. El Trib Permanente de Justicia Internacional. Altamira propuesto el premio Nóbel de la Paz. Conclusión.

I

¿Qué universidad habrá actualmente en América o Eu pa, donde no se conozca y glorifique el nombre de Raf Altamira? Yo lo evoco con verdadera emoción. Pocos se los hombres a quienes la cultura en general y la españ en particular deban tantos y tan fecundos servicios co a este insigne profesor universitario.

Su sabiduría se prodigó copiosa y continuamente, desde la cátedra y la tribuna, ya desde las revistas y libros, durante más de cincuenta años de actividad y co presas meritísimas, que para gloria del viejo solar de Ib ria culminaron en 1910 al otro lado del Atlántico. Pero es sólo su labor de españolismo, con ser este título t definitivo, la que ha de tenerse en cuenta para reverenci su nombre, sino también la que realizó con entusiasmo perseverancia en pro de la paz del mundo, unas veces des el retiro de su despacho y otras desde los altos puestos á área mundial a que le condujeron sus méritos.

Altamira no abandonó su tierra empujado por vientos de desventura. Su familia disfrutaba de posición económica suficiente para costearle una carrera universitaria, y el chico salió de Alicante para seguir la de Leyes en Valencia y doctorarse en Madrid, cerca de aquel venerable y sapientísimo viejecito D. Francisco Giner de los Rios, a quien respetaban y admiraban los hombres de todas las ideologías. El fué quien lo descubrió y modeló sus aptitudes, como recordaron en bellos párrafos los hermanos Quintero, en su artículo del Homenaje a Altamira, con motivo de su jubilación en 10 de febrero de 1936.

Se preparó con entusiasmo para opositar a cátedras, y el año 1897 ganó en buena lid la de Historia del Derecho de la Universidad de Oviedo. La fijación de su sede cultural en la capital de Asturias, como veremos después, fué feliz en el más alto grado para el prestigio y extensión de la ciencia española. La labor de la cátedra, no redundó en merma, sino en beneficio de las publicaciones que desde hacia tiempo venía dando a la estampa.

II

Traspuestos apenas los umbrales de la adolescencia, Altamira sintióse pensador y creador. A los dieciséis años de su edad (el de 1882), escribia su *Ensayo de una introducción al estudio de la Historia de la Humanidad*, que como fruto demasiado temprano de su ingenio en una tan vasta disciplina, hubo de quedar en concluso e inédito. Poco después compuso sus dos primeras novelas: *La redimida* y *Las dudas de Leoncio*, que merecieron ya los honores de la imprenta, insertándose en el folletín de «El Universo». La vocación de su autor oscilaba entonces entre la ciencia y el arte. Esta última inclinación es característica de la gente levantina, sin duda por influencia del medio físico. La afición a la literatura se sobrepuso en los primeros momentos a la científica, pues a los dos trabajos citados siguieron, enre otros de índole parecida, las no-

velitas *Un bohemio* y *El tío Agustín*, publicadas ambas en «Ilustración Ibérica», de Barcelona, el año 1885. En el siguiente, da a la estampa en la misma ciudad, los trabajos intitulados *El Realismo y la Literatura Contemporánea* y *Mujeres de la Novela Contemporánea*, que marcan el movimiento del péndulo en la directriz científica. Esta se hace ya arrolladora y definitiva en su tesis del Doctorado, *Historia de la propiedad comunal*, con la que se inicia seriamente en 1890 la formidable producción del sabio alicantino en la citada directriz. La tendencia opuesta quedó desde entonces humillada y vencida, pero sin llegar nunca a anularse por completo. Bien lo prueban las obras de carácter literario que más o menos espaciadas entre sí fueron publicándose desde aquel año y el de 1932. Son, entre otras, las siguientes: *Novelitas y Cuentos*, Barcelona, 1892; *Mi primera campaña* (Crítica y cuentos), Madrid, 1892; *Fatalidad*, novela, Madrid, 1894; *Cuentos de Levante*, Madrid, 1895; *Cuadros levantinos* (Cuentos de amor y de tristeza), Valencia, 1897; *Reposo*, Barcelona, 1903; *Fantasías y recuerdos*, Alicante, 1910; *Cuentos de mi tierra*, Madrid, 1925, y *La Terreta Marina*, Valencia, 1932. Como se ve, dan la nota dominante su reino y su ciudad natal.

En cuanto a producciones de orientación o carácter científico, no las enumero, porque son tantas que no caben de ningún modo en los límites propios de un inciso. La variedad de las disciplinas y materias a que se refieren avala cumplidamente el calificativo de polígrafo que se dió a su autor. Las hay de Historia, de Sociología, de Pedagogía, de Derecho, de Bibliografía, de Folklore... sin tenerlas todas sobre la mesa, lo cual es imposible, lo es también concretar todos sus géneros.

En 1905, aparte del gran número de trabajos en revistas de dentro y fuera de España, había dado ya a la imprenta más de sesenta libros de muchas o de pocas páginas. Todos los de Historia, Derecho y ciencias afines de una y otro, enriquecían entonces mi biblioteca por circunstancias felices que no quiero detallar ahora.

Es de advertir que aquel año apenas se había cumplido

el vigésimo de la aparición de sus primeros trabajos. Unos se publicaron en España y otros en el extranjero: Londres, París, Wáshington, Berlín, Ginebra... y todo a más de las lecciones en cátedra y de las conferencias fuera de ella. Las prensas al servicio de nuestro sabio siguieron funcionando con ritmo cada vez más rápido. Veinticinco años después le habían impreso un total aproximado de doscientas cincuenta obras entre libros y colaboraciones en revistas científicas de dentro y fuera de España. El conjunto de urbes extranjeras en que se habían publicado trabajos suyos a tiempo de jubilarse en febrero de 1936, según los antecedentes que consultamos, está integrado por las siguientes capitales de Europa y América: París, Burdeos, Montpellier, Milán, Ginebra, Breslau, Utrecht, La Haya, Leiden, Berlín, Bruselas, Cambridge, Londres, La Habana, Buenos Aires, Lima, Boston, Nueva York y Wáshington. La mayoría de estos trabajos están redactados en el idioma de los países en que se publicaron. Altamira dominaba el francés y el inglés, conocía medianamente el alemán y el italiano y traducía bien todas estas lenguas, más el portugués y el latín. Después de jubilarse como catedrático aun continuó llenando cuartillas para la imprenta. En nuestras notas se registran las de Madrid, La Haya y Buenos Aires.

III

Nuestro sapientísimo maestro nunca vivió alejado espiritual ni materialmente de la ciudad en que había nacido. La visitó con frecuencia, la favoreció cuanto pudo, dió conferencias en sus centros culturales y se ocupó de ella en libros y revistas. Luego veremos cómo correspondió Alicante a su cariño y el fervor con que supo honrar su nombre y rendir pleitesía a su persona en el momento oportuno. En una de las visitas que nos hizo, admirado yo de la calidad y cantidad de su labor, hube de preguntarle cómo podía realizarla. Me contestó sonriendo: «Todo es cuestión de método. Se reparte el tiempo; tantas horas para estudiar,

tantas para escribir, tantas para el descanso. Se sigue fielmente el plan trazado y el milagro está hecho.»

La modestia le obligaba a formular tal respuesta, verosímil quizá en otros casos, pero no en el suyo. Por rígido que sea el método y bueno el plan seguido, no hay hombre que haga lo que Altamira, si Dios no le ha dotado de facultades excepcionales. Para destacarse en las ciencias históricas como él se destacó se necesita ante todo tener un entendimiento poderoso, una retentiva enorme, unos alientos de titán para el trabajo y una virtud rayana en la santidad para sustraerse a los halagos más inocentes de la vida que piden constantemente su parte en nuestras horas. Hace falta, en fin, ser un hombre de talla espiritual extraordinaria. Bien lo comprendió y reconoció así la Universidad de Oviedo, regentada por tantos sapientísimos maestros, al elegirle entre todos ellos para la más alta empresa cultural que llevó a cima España en todo lo que va de siglo: el viaje a América de 1909 y 1910, para ligarla intelectualmente con la vieja metrópoli de Europa. Empresa es ésta que merece referirse despacio.

IV

Rotos los vínculos políticos que nos unían con los países del Nuevo Mundo, rompiéronse tras ellos todos los demás, sin otra excepción digna de nota que la relativa a la comunidad de raza, fuera siempre de los vaivenes del azar. Nos faltó la discreción necesaria para reanudar la cordialidad y el trato con nuestros hermanos de los Andes y seguir modelándolos a nuestra imagen, apenas se cicatrizaran las heridas de la escisión. Otras naciones europeas, con miras y propósitos más o menos plausibles, mandaron sus agentes a aquellos pueblos y sostuvieron con ellos las relaciones que perdió España. Nosotros nos limitamos a extender pasaportes de emigración a favor casi siempre de míseros analfabetos que cruzaban el mar buscando el pan en la orilla opuesta. Alonso Quijano el Bueno dormía, fati-

gado de luchar con los gigantes de los molinos de viento, mientras su escudero aprovechaba el tiempo comiendo los mendrugos que quedaban en las alforjas. Con tales antecedentes, no es de extrañar que la actitud de los americanos frente a su patria de origen fuera a la sazón de indiferencia absoluta, cuando no de prevención y recelo

Semejante estado de cosas no podia ni debía continuar en pleno siglo xx. Era cuestión de dignidad ponerle pronto término. La Universidad de Oviedo, comprendiéndolo así, tomó la iniciativa y organizó la empresa. En el siglo VIII, la reconquista de España, comenzó en Asturias. En el xx, también comenzó allí la reconquista de América. No otra cosa significa el establecimiento de sus relaciones intelectuales con nosotros. El profesor Altamira fué el que tuvo la suerte y a quien cupo la gloria de pasear en triunfo esta bandera desde los paises orientales de los Estados Unidos hasta las tierras por donde va de mar a mar el Estrecho de Magallanes.

La misión del delegado ovetense comenzó en junio de 1909 para terminar en marzo de 1910; diez meses de actuación científica continua en universidades, centros oficiales y tribunas públicas, cosechando laureles para su patria y sembrando en aquellas tierras la semilla de la estimación recíproca, perdida hacía ya tiempo. Aquellos cerebros y aquellos corazones comprendieron entonces cuán injusta era la leyenda negra que giraba en torno de nuestra cultura y nuestra vida. No era lo mismo oír hablar de España a pobres emigrantes carentes de todo bagaje mental que escuchar la palabra cálida, docta y cariñosa de uno de los maestros más ilustres de Europa y, a la vez, uno de los hombres más comprensivos y cordiales del viejo solar ibérico. Así, la reacción sentimental que la misión de Altamira produjo por doquier superó a todas las esperanzas del interesado y hasta de los propios compañeros que le designaron para iniciar la reconquista espiritual de nuestros antiguos virreinatos de Ultramar. La voz de la sangre y la unidad racial de sentimientos volvían a actuar al conjuro del talento y el amor de un español insigne.

La reacción aludida fué inmediata e intensa en todas partes. «Yo fuí (nos dijo Altamira en Alicante) a visitar las universidades hispanoamericanas y a solicitar el consentimiento de que nuestros profesores explicasen allí cómo entendemos la enseñanza, y los suyos aquí, análogamente, sus principios pedagógicos y científicos. De este modo obtendríamos una perfecta compenetración de almas.» Que tal compenetración comenzó a florecer en aquel mismo momento, lo prueban los aplausos que el delegado de Oviedo escuchó sin cesar al otro lado del Atlántico y los hechos concretos en que cristalizó el entusiasmo de aquellos hermanos nuestros. He aquí algunos ejemplos.

La juventud de la Argentina fundó una universidad popular para darle el nombre de Altamira. Lo mismo se hizo en el Perú. El gobierno de Chile pidió un profesor español para la educación gramatical de los escolares. La Universidad del Plata le anunció su propósito de crear una cátedra de Estudios históricos, confiándola a un profesor español. En Méjico se levantó el veto tácito que pesaba sobre nuestras letras de molde. «Los libros que rechazamos hasta ahora (le dijeron allí) queremos leerlos desde este momento.» Con igual ritmo que se prestigiaba nuestrc nombre, se conquistaban también los corazones. «Puedo deciros —afirmó Altamira en Alicante— que no sólo ha sido aceptado el intercambio de profesores y alumnos en todos los países, sino que los estudiantes me dijeron que querían abrazar a los estudiantes de España para demostrar su amor a la antigua patria.» Entre otros resultados evidentes de esta exaltación sentimental, es de señalar la carta del Uruguay a nuestro profesor, comunicándole que, ante estas corrientes de españolismo, el Ayuntamiento de Montevideo «renunciaba a percibir las treinta mil pesetas por terreno adquirido para edificar un hospital español». Más significativo aún, en cuanto a prueba de hidalguía y mutua estimación, es lo que ocurrió en La Habana. Diósele allí uno de los innumerables banquetes con que le obsequiaron los americanos. El delegado de Oviedo, tomando las flores que había sobre la mesa, dijo que las reservaba «para deposi-

tarlas donde fueron fusilados los estudiantes cubanos durante la última guerra, porque eran nuestros hermanos, nuestros compañeros». Todos juntos fueron luego a la muralla y se cumplió la hidalga promesa de Altamira. Este, días después y en nombre de los estudiantes de Oviedo, llevó una corona a la tumba del general español que allí combatió en la misma guerra. Al enterarse de ello los estudiantes cubanos, fueron a buscar todas las flores que había en La Habana y las depositaron sobre la misma tumba. Así saldan sus diferencias pretéritas los hombres por cuyas venas corre sangre española.

V

Después de pronunciar en América un número enorme de conferencias (trescientas aproximadamente) y de recoger laureles en todas partes, el profesor Altamira regresó a la Península para ofrecerlos con legítimo orgullo a su Universidad, a su patria grande y a su patria chica. El 31 de marzo de 1910 desembarcó en Santander donde le esperaban su esposa, el rector de Oviedo, los alcaldes de las dos ciudades aludidas y el de Alicante, deseoso éste de darle, en nombre de sus paisanos, uno de los primeros abrazos que recibiera en España. La tripulación y el pasaje del «Kronprinzessin Cecilie», en que hizo el viaje, le despidieron agitando sus pañuelos, mientras la música del barco interpretaba la Marcha Real española. Durante la travesía había dado a bordo dos conferencias, que acabaron de captarle la admiración y simpatía de los extranjeros compañeros de viaje.

Salieron a recibir al «Kronprinzessin Cecilie» varios vaporcitos del puerto castellano, mientras en sus muelles aguardaba una apiñada multitud para ovacionar al profesor alicantino.

Al acercarse a tierra la lancha que le conducía, Altamira, puesto en pie y agitando al aire su sombrero, prorrumpió en vivas, contestados con entusiasmo por la muchedum-

bre. Le recibió en el muelle el Ayuntamiento de Santander, precedido de sus maceros. El alcalde le dió la bienvenida en nombre del pueblo y el gobernador de la provincia hizo lo propio en el del Gobierno. Desde aquel momento fueron incesantes los aplausos y los vivas a España, Santander, Oviedo y Alicante. Si grandes debieron ser las fuerzas que necesitó Altamira para su misión de América, mayores aún, seguramente, fueron las que consumió su corazón para resistir las emociones de tan grandioso recibimiento.

Pero el éxito y la fama de su empresa no habían dejado aún todas sus mieles en labios de Altamira. Faltábale todavía saborear las que se cuajaron en los panales de su tierra. Alicante se las ofreció en copa de oro, rindiéndole el homenaje más férvido de cuantos registran los anales de la ciudad. El 3 de abril, por la mañana, llegaba a ella el insigne y sabio alicantino, acompañado de su esposa, de su padre político y del alcalde D. Luis Pérez Bueno. Desde la entrada del correo en la provincia salieron a saludarles las autoridades de las poblaciones del trayecto, seguidas de sus bandas de música. El tren no rindió viaje en la estación, sino en la Explanada, junto al espejo azul de nuestro mar. El recibimiento fué grandioso. Se calcula en más de veinte mil el número de personas que esperaban a Altamira, y le aclamaron sin cesar hasta mucho después de haberle dejado en el Ayuntamiento.

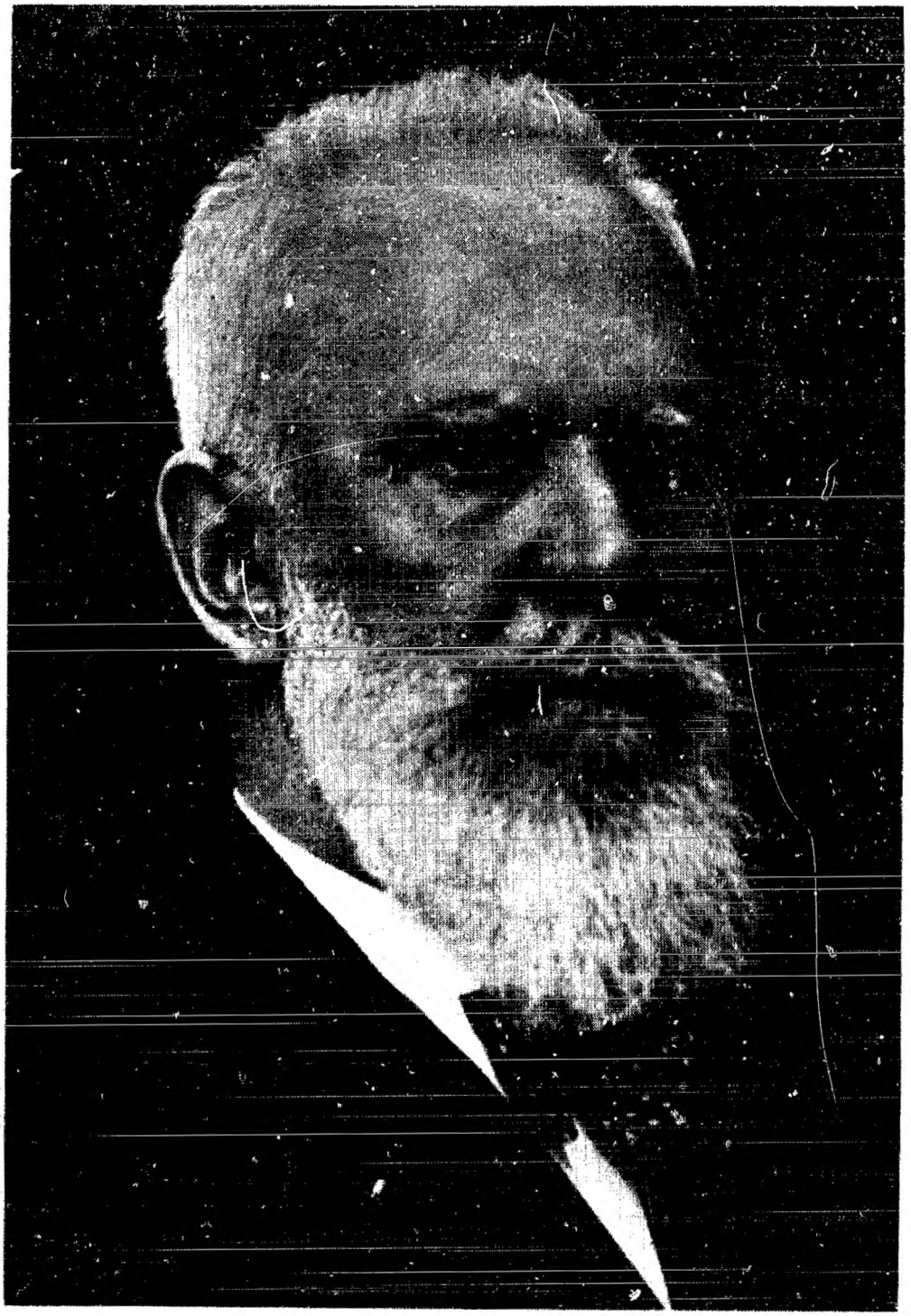
Carezco ahora del tiempo y el espacio necesarios para referir cuanto se hizo aquí en su honor durante los siete días (del 3 al 9) que estuvo entre nosotros: reparto diario de quinientas raciones gratuitas en la Cocina Económica y en las Cantinas escolares; descubrimiento de la lápida que desde entonces rotula con su nombre la antigua calle de la Princesa; liberación de todos los objetos pignorados en la Caja de Ahorros por cantidades modestas; entrega al interesado de los títulos de hijo predilecto de Alicante y presidente honorario de casi todos sus centros y organismos; banquete magno en el Teatro Principal, al que asistieron centenares de comensales y miles de espectadores, ávidos de escuchar el discurso en que el maestro, des-

pués de la comida, había de explicar a los alicantinos la gestación, desarrollo y resultados de su viaje a América; y por último, pasando por alto gran número de actos, el solemnísimo de trasladar al panteón del Campello los restos del padre de Altamira, que reposaban en el camposanto de la capital. Integraban el imponente acompañamiento las autoridades provinciales y locales, las representaciones de todos los centros y entidades de la ciudad, varias bandas de música (incluso la del regimiento, en atención a que el finado había sido Director de bandas militares) y un gentío inmenso, como nunca se había reunido hasta entonces en solemnidad alguna. Los honores póstumos que nuestro paisano tuvo la suerte de ganar para su padre fueron, sin duda, el laurel que más le satisfizo de todos cuantos conquistó en su camino de flores.

VI

El Gobierno de Canalejas, deseando premiar oficialmente los extraordinarios servicios que el delegado ovetense acababa de prestar a España y queriendo a la vez seguir utilizándolos dentro de la Península, le concedió la Gran Cruz de Alfonso XII, y creó, para que él la desempeñase, la Dirección General de Instrucción Primaria. Las diferencias ideológicas que pudieran mediar entre el régimen y el ilustre maestro no fueron obstáculo para que éste aceptase la distinción y el cargo, ni para que aquél vacilara en concedérselo. Tratándose de servir y enaltecer a la patria, todos comulgaban en el mismo credo. El hecho honra por igual a las dos partes.

Altamira era tan sabio como modesto. Nunca creyó que sabía bastante ni que era discreto prescindir de los conocimientos ajenos. Cuando le visité en su despacho de director general, le hallé rodeado de pilas de libros. «Todos me son útiles —exclamó— para documentarme como debo.» Entre ellos había uno muy pequeño sobre la cultura nacional que me era bastante conocido. «¿Este también, don



Rafael Altamira

D. Rafael Altamira durante la imposición de condecoraciones por el rey D. Alfonso XIII a los supervivientes de Santiago de Cuba en Cartagena, el año 1921 (?)

D. Rafael Altamira en el año 1896. Retrato por Sorolla.

D. Rafael Altamira saliendo del Palacio de la Paz, de La Haya, donde desempeñó el cargo de juez desde 1922 a 1945.

Asociación Española
para el progreso de las Ciencias

Revista "Las Ciencias"
Sección de Historia

MADRID, 30 Mayo 1935

D. Franco Figueras

Mi querido amigo: El h. Cabré ha tenido que salir para Alemania. Desde permanecerá algun tiempo y por eso no ha podido esperar a obtener de V. más informes sobre el hallazgo importantísimo de la Albufereta. Ha escrito sin embargo un artículo, razonando su interpretación que a mí me parece exacta.

Le envié a V. el artículo impreso, que debe publicarse dentro de 11 o 12 días. Si después de leído creé V. oportuno explicar las condiciones en que se hizo el hallazgo, como cosa que puede ayudar a fortalecer la opinión de Cabré, puesto que éste alude a esas condiciones, ya sabe V. que tendrá mucho gusto en publicarlo el escrito.

Créame siempre suyo afmo. amigo y S.S.

Rafael Altamira

Rafael?» «Este también», contestó el maestro sonriendo.

Desde su alto puesto del Ministerio volvió a cultivar prácticamente su primitiva vocación pedagógica con iniciativas que, acogidas e impulsadas por varios ministros, introdujeron no pocas mejoras y novedades en la enseñanza pública primaria. Una de ellas fué la fundación de escuelas al aire libre, siendo la primera de las que se establecieron la que recibió su nombre al instalarse en los jardines de la Plaza de Ramiro, de Alicante. La labor de la Dirección General no fué, sin embargo, obstáculo que le impidiera salir de cuando en cuando al extranjero para tomar parte en los trabajos de sus congresos científicos, como los de Londres y Bruselas, y para asistir en Houston (Texas) a la inauguración de la Universidad Rice, donde dió varias lecciones sobre Filosofía de la Historia y Teoría de la Civilización (1912). Con motivo de este viaje, pronunció también conferencias en las universidades de Nueva York, Baltimore, Columbia, Harvard y en la Escuela Naval de Annápolis.

Después de su fecunda actividad dentro y fuera de casa en el período de la Dirección General, se reintegró a su trabajo normal de profesor universitario, desempeñando ahora en Madrid la cátedra de Historia de las Instituciones políticas y civiles de América, común a los doctorados de Derecho y de Filosofía y Letras (1914 - 1920).

Para concluir este punto, sólo me resta consignar que, como doctor «honoris causa», mi insigne paisano formaba parte de las siguientes universidades: La Sorbona, Burdeos, Cambridge, Columbia (Nueva York), Méjico, La Habana, Lima, Montevideo, Santiago de Chile y Buenos Aires.

VII

El 10 de febrero de 1936, día en que cumplió los setenta años de su edad y los cuarenta y ocho de sus servicios a la enseñanza, cesó oficialmente en ella este sapientísimo maestro, siendo jubilado como catedrático de la Universidad

Central. Publicóse entonces en Madrid un interesante volumen conteniendo las treinta y dos monografías con que los historiadores, juristas y pedagogos le obsequiaron en homenaje a su labor y talento.

La última fase de la asombrosa y fecundísima actividad de Altamira, a la vez que la de mayor trascendencia universal, se caracterizó por su entrada en funciones de orden jurídico internacional. Según los datos que aparecen en el libro aludido, la fase de referencia fué «iniciada en 1919 por su nombramiento de árbitro en el Tribunal de Litigios Mineros de Marruecos (París); continuadas por su elección de miembro del Comité de Juristas encargado por el Consejo de la Sociedad de Naciones de preparar un proyecto de Tribunal Permanente de Justicia Internacional (1920), y coronadas por su elección para juez de ese mismo Tribunal, hecha a la vez en el Consejo y en la Asamblea de la referida Sociedad (1921), y por la reelección para el mismo cargo en 1930». No obstante los delicadísimos trabajos que estos altos cargos le impusieron, ni antes ni después de la jubilación dejó de laborar por la cultura pública, por el progreso de las ciencias y principalmente por la paz de todos los pueblos de la tierra, nota esta última, apasionada y límpida, que fué la tónica del período indicado. La admiración y simpatías que sus conferencias y publicaciones hubieron de granjearle bajo este aspecto, sumándose a las que había conquistado en todas partes a lo largo de su dilatada y nobilísima vida de trabajo, culminaron en el año 1951 en el hecho, singularmente honroso, de ser propuesto para el premio Nóbel de la Paz. He aquí algunos de los párrafos del documento en que el licenciado Isidro Fabela, juez de la Corte Internacional de La Haya, formalizó la propuesta ante el Comité del Premio el 11 de enero de dicho año.

«Norske Stortingo Nobelkomite. Oslo, Noruega. Me permito presentar a la consideración de ese Honorable Comité al historiador español, doctor en Derecho, profesor D. Rafael Altamira Crevea, doctor Honoris Causa de muchas universidades europeas y americanas, de ochenta y cuatro

años de edad, para la candidatura a la próxima distribución del Premio Nóbel de la Paz.

»De la bibliografía y biografía de Rafael Altamira Crevea (Méjico, 1946) y del apéndice correspondiente a la misma aparecida en 1948, que adjunto a la presente solicitud, se puede apreciar la obra pacifista del doctor Altamira, realizada desde la cátedra, el libro, la prensa y la tribuna en Europa y América. Asimismo sus ideales pacifistas pueden apreciarse en el Tribunal de Litigios Mineros de Marruecos (París), en calidad de árbitro; en el Comité de Juristas de la Sociedad de Naciones, donde preparó un Proyecto de Tribunal Permanente de Justicia Internacional (1920) por encargo del Consejo de la Sociedad de las Naciones, y en el mismo Tribunal, donde actuó, hasta que Holanda fue invadida, como Juez de la Corte Permanente de Justicia Internacional.»

Este documento, que creo inédito todavía, de la copiosa serie de obras que escribió Altamira acerca de la Pedagogía, la Historia, el Derecho, la Filosofía y el Arte, menciona especialmente aquellas en que domina más «el ideal humano de la paz y la concordia entre todos los pueblos de la tierra». El texto de la propuesta termina con el siguiente párrafo:

«Por dichos motivos, por sus actividades educativas, como director general de Enseñanza Primaria en España y conductor de la lucha contra el analfabetismo; por su difusión universalista de ideas nobles y elevadas en pro de la humanidad; por el alto prestigio que goza dentro y fuera del mundo hispánico; por su rectitud de carácter y su fe en el porvenir de un mundo sin guerra, tengo el alto honor de proponer a don Rafael Altamira Crevea como candidato calificado para aspirar al Premio Nóbel de la Paz.»

La muerte del maestro, ocurrida en Méjico el 1.º de junio del mismo año 1951, vino a cortar la tramitación del premio, dejando en alto los últimos laureles que habrían ceñido su frente luminosa. Mas para su honor y nuestro orgullo, los méritos en que se basa la propuesta, síntesis de una vida santificada por el trabajo más fructífero, so-

bran para que su nombre pase a la historia grabado en mármoles con letras de oro.

De hoy en adelante, su recuerdo, por la universalidad y trascendencia de la labor realizada, evocará en todas partes el de aquellos otros dos alicantinos insignes: Jorge Juan y el doctor Balmis, que con sus empresas científicas y humanitarias llenaron de gloria la bandera de España en los más remotos países del mundo. Bien pueden envanecerse los valencianos de que Altamira sea su conterráneo, y los alicantinos, de que naciera bajo el verdor de las palmas que orlan el mar, al pie del Benacantil.